CÍRCULO CÍVICO de OPINIÓN

www.circulocivicodeopinion.es

CUADERNOS 31

Sobre la política exterior de España

Noviembre 2021

Editado por CÍRCULO CÍVICO DE OPINIÓN
En Madrid, 30 de noviembre de 2021
publicaciones@circulocivicodeopinion.es
Impreso: Gráficas San Enrique (Madrid)
Depósito Legal: M-7615-2012
ISSN 2254-1837
Editado en España

Sobre la política exterior de España

El CÍRCULO CÍVICO DE OPINIÓN asume como propios únicamente los textos de los *Documentos* que, tras la correspondiente deliberación y aprobación, se publican con su firma.

Las opiniones contenidas en los *Informes* encargados por el CÍRCULO CÍVICO DE OPINIÓN, y firmados por sus respectivos autores, son de la exclusiva responsabilidad de estos.

ÍNDICE

Sobre la política exterior de España. Resumen ejecutivo 5

Informe

Sobre la política exterior de España 9
Emilio Lamo de Espinosa
Javier Rupérez

Sobre la política exterior de España. Resumen ejecutivo

Aunque España mantiene una excelente reputación exterior, y su presencia exterior es también notable, ha visto muy deteriorada la credibilidad de su política exterior. Insertada con altura en un mundo globalizado de modo que nuestra dependencia del exterior es mayor que nunca, España carece, sin embargo, de los instrumentos y las capacidades para controlar esa dependencia. Es la paradoja de no pocos países medianos que dependen del exterior mucho más de lo que el exterior depende de ellos, de modo que no controlan las condiciones de su reproducción.

Añadamos el poco o casi nulo interés que la opinión pública, la publicada y la manifestada por los políticos, presta a esa dimensión exterior, por lo que, no solo no controlamos nuestra dependencia, sino que, además, no somos conscientes de ella, la minusvaloramos o la ninguneamos y, en consecuencia, tampoco estamos dispuestos (ciudadanos o representantes) a financiar un cambio significativo.

Como fuere, esa vinculación de España con el exterior tuvo un notable consenso político articulado desde la misma transición a la democracia, e incluso antes: España, que deseaba asentar la democracia, lo hacía en el doble marco de Europa y sus instituciones (la actual UE) y de la defensa de Occidente y sus instituciones (notablemente la alianza con los Estados Unidos en el marco de la OTAN). Así pues, europeísmo convencido, claro y manifiesto, doblado de atlantismo, también claro, aunque a veces vergonzante y no exento en ocasiones de antiamericanismo, más virulento con administraciones republicanas que con administraciones demócratas.

Ese doble asentamiento vino a reforzar las restantes proyecciones exteriores de España, casi todas ellas derivadas de la misma geografía y de su proyección histórica. La exitosa transición a la democracia como gran escaparate frente a una América Latina que huía de sus dictaduras, unida a la doble y relevante influencia española con la UE y con los Estados Unidos, dio a España un papel muy importante en la región, desde el Río Grande a la Patagonia, manifestado en Cumbres Iberoamericanas de notable éxito. Pues España era tanto más relevante en Europa cuanto más contaba en América Latina, y viceversa. Y otro tanto puede decirse de la alianza con los Estados Unidos, pues España contaba allí tanto más cuanto más contaba en América Latina. Y de nuevo, viceversa. A ello conviene añadir y recordar el gran papel que la Monarquía parlamentaria encarnada en la Corona y en sus representantes ha jugado y sigue jugando en la proyección exterior del país y en el aprecio que contribuyó y contribuye a suscitar.

Finalmente, esa misma doble dependencia americana aseguraba los intereses españoles en el complejo triángulo de relaciones con Marruecos (siempre filtradas por los problemas del Sahara, por una parte, y de Ceuta y Melilla, por otra) y con Argelia, de cuya energía seguimos dependiendo. Siempre en el entendimiento de que las relaciones con el Magreb suponen el principal riesgo de seguridad con el que España debe lidiar.

Un consenso pues entre los dos principales partidos, que pudo tener la consecuencia no intencionada de sacar la política exterior del debate partidista, anulando e incluso cegando el posible interés de la opinión pública por estos temas.

En todo caso, ese consenso comenzó a deteriorarse cuando, a consecuencia de la guerra de Irak, el presidente Zapatero tomó la decisión de retirar anticipadamente las tropas sin anuncio previo a los aliados. Ello inició una larga serie de desencuentros con los Estados Unidos, que han continuado con todos los presidentes desde entonces, y que nuestra escasa contribución a los gastos de defensa nacional que la OTAN recomienda no ha hecho sino profundizar.

Si el atlantismo español pasa por horas bajas, otro tanto se puede decir de la posición en la UE, aunque esta por razones distintas. Pues si bien el europeísmo de los españoles sigue siendo manifiesto (aunque quizás más por desconfianza hacia las propias instituciones que por confianza en las ajenas), la creciente dependencia de España del apoyo de los socios europeos, primero con la Gran Recesión, después con la crisis catalana, finalmente con la pandemia y la situación económica derivada, nos coloca en una posición más deudora que acreedora hasta situarnos cerca de Polonia o Hungría, es decir, como objetos de observación y vigilancia y lejos de poder tener influencia y relevancia.

Por lo demás, España no debe menospreciar los cambios profundos que están teniendo lugar en el llamado “orden liberal internacional” con el ascenso de China al rango de gran potencia y la creciente asertividad de Rusia, al tiempo

que otros grandes países (desde India a Turquía o Irán) proyectan al exterior sus intereses. Todo ello está deteriorando las instituciones multilaterales, cuando no dejándolas obsoletas, y conduciendo a una suerte de orden internacional neo-westfaliano de grandes potencias en inestables equilibrios de poder. Las consecuencias de ello en los dos pilares de nuestra política exterior (la UE y la OTAN) están a la vista, de modo que debemos comenzar a pensar una política exterior más activa y más propia, al margen de —aunque nunca contra— esos dos pilares, como hacen muchos otros países, incluso europeos.

España, para terminar, que depende del exterior más que lo que el exterior depende de nosotros, debe aprender a manejar con astucia y habilidad sus muchos recursos para conformar ese exterior del modo más beneficioso para los españoles. Ello requiere sobre todo tres cosas: inteligencia, gestión y presupuestos.

Proponemos, en consecuencia, las siguientes recomendaciones:

1. La política exterior debe ser política de Estado y ello exige tres condiciones. En primer lugar, no puede haber fisuras dentro del propio gobierno, hasta el punto de tener no una, sino dos políticas exteriores, cada una gestionada por los dos aliados que forman el actual gobierno. El gobierno debe hablar con una sola voz claramente perceptible.

   En segundo lugar, para ser política de Estado debe estar consensuada con la oposición; el gobierno de turno no debe olvidar que, antes o después, él también será oposición, y todo aquello que haga sin ese consenso será flor de un día.

   Y, en tercer lugar, hay que recordar que la política exterior es responsabilidad única y exclusiva del gobierno de la nación, de modo que es de todo punto inaceptable que la Generalitat de Cataluña desarrolle una propia política exterior, y menos aún que lo haga en contra de los intereses de la nación.

   Para ser influyentes fuera de nuestras fronteras, debemos ser fuertes internamente, proyectando la imagen de un país pujante, políticamente estable, jurídicamente seguro y abierto al mundo.

2. La línea de demarcación entre política exterior e interior se ha diluido en buena medida, de modo que la primera se ramifica en numerosas políticas sectoriales, como son la diplomacia económica, la energética,la tecnológica y otras muchas. Creemos, sin embargo, que la diplomacia cultural, centrada en la promoción de la lengua española en el mundo, en cooperación con países latinoamericanos —singularmente México— debe ser prioritaria.

3. España debe apoyar —como ha hecho siempre— la construcción de un orden internacional multilateral, sin duda la mejor garantía para la paz

mundial. Sin olvidar, en todo caso, que ese orden multilateral solo será eficiente si las unidades que lo constituyen, los Estados, son Estados democráticos que respetan los derechos humanos, de modo que la promoción de la democracia debe ser un objetivo irrenunciable de nuestra política, muy especialmente en aquellos espacios (América Latina y el Magreb) donde somos relevantes.

4. En la tarea de promoción del orden multilateral, y junto a Naciones Unidas, España tiene peso específico en dos ámbitos: el de la Unión Europea y el de la Organización del Atlántico Norte. Ese ha sido el consenso desde la transición democrática, y ese debe ser el eje futuro de la política exterior española. Un europeísmo indiscutible que debe ser compatible con una posición responsable en la seguridad colectiva.

5. La realidad muestra un creciente debilitamiento de esas dos instituciones, y la derrota estratégica sufrida en Afganistán es una prueba palpable de ello. Por eso se hace imprescindible desarrollar una política exterior más activa y más propia, al margen —aunque nunca en contra— de esos dos pilares, como hacen muchos otros países, incluso europeos. Una fuerte red de alianzas bilaterales estratégicas con una docena de Estados es algo que se echa de menos y se echará más de menos en el futuro. La catástrofe de Afganistán no solo debilita la credibilidad de la alianza con EE. UU. (y de la OTAN), sino también muestra la escasa capacidad de acción exterior de la UE.

6. Finalmente, el gobierno y la clase política en su conjunto —sin olvidar los medios de comunicación— tiene la responsabilidad de hacer pedagogía para que la sociedad española comprenda que el futuro de España depende del exterior y que, para poder gestionarlo, hacen falta recursos. Unos recursos que la sociedad se resiste a otorgar, incapaz de valorar su enorme importancia.

Nada de lo anterior, crucial para un país que aspira a tener una posición activa en el mundo, puede ser pasado por alto en la reflexión política ni mantenerse al margen de la opinión ciudadana. Por ello, el CÍRCULO CÍVICO DE OPINIÓN ofrece este documento *Sobre la política exterior de España*, redactado por dos de sus socios con bien reconocida autoridad en este ámbito —y tras ser sometido a una intensa deliberación e intercambio entre todos los socios—, en la confianza de que servirá para animar la reflexión y el debate públicos.

CÍRCULO CÍVICO DE OPINIÓN
Noviembre, 2021

SOBRE LA POLÍTICA EXTERIOR DE ESPAÑA

Emilio Lamo de Espinosa
Catedrático de Sociología
Javier Rupérez
Embajador de España

La nueva *Estrategia de Acción Exterior 2021-2024* aprobada por el gobierno de España en 2021 se pregunta cuál debe ser la vocación de España en el orden internacional. Y la respuesta es que:

> *España debe poner su política exterior al servicio de la construcción de un orden internacional abierto, democrático y multilateral, en el que se respeten los derechos humanos y se protejan los derechos de las mujeres y de las minorías, sustentado sobre un modelo de crecimiento verde y sostenible y sobre un nuevo contrato social que garantice que las oportunidades económicas se distribuyen equitativamente*[1].

Más se concreta al señalar que tales objetivos solo son alcanzables a través (1) del fortalecimiento de las estructuras de gobernanza global, (2) la profundización del proyecto europeo, (3) de una mayor solidaridad para con aquellos que carecen de recursos para hacer frente a los grandes retos de nuestra era, y (4) de la movilización y actualización de las alianzas bilaterales que España ha construido a lo largo del tiempo. En resumen, del uso adecuado de los instrumentos multilaterales y bilaterales de que disponemos. Por ello, finalmente, se establecen cuatro grandes ejes, a saber: 1) Derechos humanos, democracia, seguridad, feminismo y diversidad como referentes; 2) Economía y sociedad global integrada, justa y equitativa; 3) Planeta más sostenible, resiliente, habitable y verde, y 4) Integración regional y multilateralismo reforzados.

Nada que oponer, pero las preguntas más relevantes siguen en el aire: ¿empezando por dónde?, ¿y con quién? Y, finalmente, ¿cómo?, ¿con qué recursos? Estas son algunas de las preguntas que este documento trata de responder.

1 La cita y el resumen posterior están tomados del artículo del entonces secretario de Estado responsable del borrador del proyecto, Manuel Muñiz, en "Por una España más global", *Política exterior*, 1 de marzo, 2021.

1. Introducción: España, presencia global, pero no potencia global

Cuando hablamos de España en el exterior es frecuente confundir muchos parámetros distintos. Por ello es muy necesario diferenciar entre al menos cuatro parámetros con los que evaluar la presencia de España en el exterior, dos de ellos medibles y cuantificables. Para comenzar, la *política exterior*, es decir, la que llevan los gobiernos, a la que dedicaremos el resto de este trabajo. En segundo lugar, la *acción exterior*, la que lleva a cabo la sociedad al margen de los gobiernos, es decir, las empresas, universidades, el deporte, el arte, etc. En tercer lugar, la *presencia exterior* de España, que es la resultante de la acción política más la acción exterior a lo largo del tiempo, una variable que podemos medir[2] y que es, en buena medida, la resultante de las dos acciones anteriores. Finalmente, podemos hablar de la *reputación*, de la imagen que de todo ello tienen los ciudadanos de otros países, imagen que, a su vez, es la resultante histórica de todo lo anterior en el muy largo plazo, y que también podemos cuantificar[3].

Todas están vinculadas unas con otras, pero solo en el largo plazo y no necesariamente en el corto, de modo que un país puede disfrutar de buena presencia y mala reputación, o de mala presencia y buena política exterior, o al contrario.

Efectivamente, si empezamos por la variable más estable en el tiempo, la reputación (cuadro 1), hay que resaltar que España ocupa una muy buena posición en la escala de prestigio internacional de los países, medida a través de encuestas y series históricas que indagan en la opinión pública. Se trata, por tanto, de la opinión del ciudadano medio, y no de la perspectiva de la élite intelectual, empresarial o política.

El momento más bajo en la evolución reciente del prestigio internacional de España se produjo en el año 2012, cuando España estuvo a punto de ser "rescatada", y los medios de comunicación internacionales, que previamente habían ensalzado "el milagro español", pasaron a presentar imágenes de personas escarbando en la basura. A pesar de ello España no bajó nunca de la posición 17º en el *ranking* de prestigio de los países, un puesto desde el que ha subido hasta el 13º en la actualidad, por encima de Reino Unido, Francia, Alemania e Italia. En esa tendencia de continua recuperación desde 2014, la crisis provocada en 2017 por la declaración unilateral de independencia en Cataluña supuso un ligero frenazo, pero no un retroceso, y su impacto desapareció en los años siguientes. Habrá que esperar para ver cómo los indultos y la reemergencia del *procés* pueden afectar a la reputación.

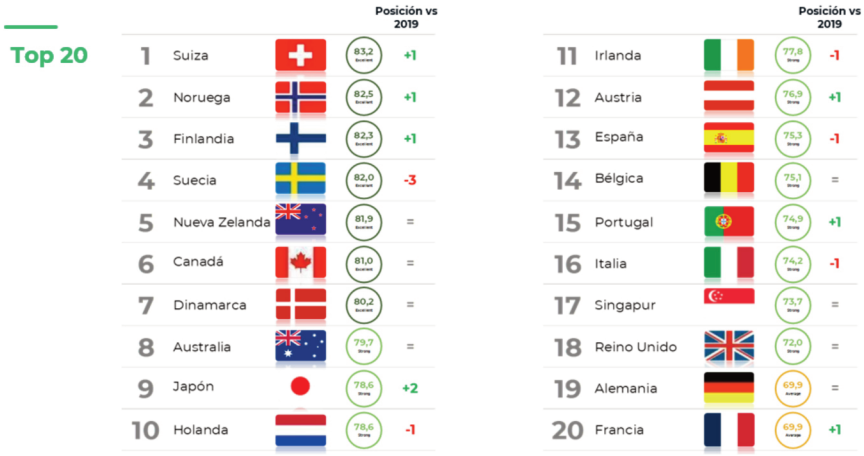
2 Medida por el *Índice Elcano de Presencia Global*, que se puede ver en la web del Instituto Elcano.

3 Medida por los estudios anuales del Reputation Institute para el Instituto Elcano que se pueden ver en su web.

Pese a ser positiva en todos sus aspectos, la imagen de España es comparativamente débil en los elementos más asociados con ser potencia económica, especialmente con la tecnología y la innovación, un atributo en el que España sigue siendo valorada por debajo de la media de los países del G7. Pero es, al contrario, muy fuerte en todo lo relacionado con el clima, el paisaje y el bienestar físico y emocional, elementos a su vez asociados con el turismo.

Cuadro 1.- *Reputación en España*

Los 20 países con mejor reputación entre ciudadanos de países del antiguo G8



La enorme importancia del turismo como experiencia creadora de imagen provoca que sean los extranjeros que más visitan España (británicos, alemanes, franceses) los que mejor opinión tienen. En sentido contrario, aquellos países que tienen una intensa relación migratoria con nuestro país (como Colombia o Marruecos) están entre los que expresan una valoración más baja, un dato que debe ser tenido muy en cuenta a la hora de diseñar políticas de imagen.

Son datos del Instituto Elcano avalados por otras fuentes concordantes. Por ejemplo, el *Nation Brands 2020*, de *Brand Finance*, elaborado a partir de la opinión de 55.000 encuestados en más de 100 países, que sostiene que el valor de marca de España se mantiene en el 11º puesto, siete posiciones mejor que en 2013, y por encima de países con una elevada reputación, como son Australia (12º), Países Bajos (13º), Suiza (15º), Irlanda (19º), Suecia (23º) o Noruega (25º).

Otro ejemplo: el *Anholt-Ipsos Nation Brands Index 2020*, que valora la imagen de las 50 principales economías del mundo y sitúa también a España en el puesto 11º del *ranking* global, la misma posición que en 2019. Según este estudio (para el que se realizaron más de 20.000 entrevistas *online* en 20 países

durante los meses de julio y agosto del 2020), España destaca especialmente en el ámbito del turismo (solo superada por Italia, Francia y Reino Unido), con la vida social urbana como principal fortaleza dentro de esa dimensión.

Así pues, buena —e incluso excelente— imagen exterior, usualmente mejor que la interior.

Pero también buena y muy relevante presencia del país en el exterior, otra variable estable en el tiempo, aunque más dependiente de la acción de los gobiernos. Según muestra el *Índice Elcano de Presencia Global* (cuadro 2, datos referidos a 2019), España ocupa el puesto 12º en el *ranking* mundial de la presencia exterior de los países. Ahora la clasificación la encabezan los países grandes y con presencia notable en la historia reciente, pero lideramos —junto con Holanda y Corea del Sur— la segunda decena, bastante por encima de lo que nos corresponde por el peso del PIB y muy por encima del tamaño poblacional. Junto con la excelente reputación, este es quizás el mayor activo de España en el mundo: una muy importante presencia exterior. Que, sin embargo, se ha deteriorado desde el 2013 y que, inevitablemente, seguirá perdiendo posiciones a medida que los países que siguen en la lista (India, Australia, Turquía, Brasil) ganen posiciones.

Cuadro 2.- *Índice Elcano de Presencia Global, top 20*

Country	2019 score	2013 score	Country	2019 score	2013 score
1. US	3,043.9	2,830.6	11. S. Korea	310.2	259.5
2. China	1,137.2	747.4	**12. Spain**	**285.4**	**299.6**
3. Germany	809.4	808.6	13.India	273.4	263.6
4. UK	795.6	807.6	14. Australia	232.5	244.9
5. Japan	729.7	610.5	15. Belgium	205.3	219.7
6. France	683.2	694.5	16. Switzerland	201.2	227.7
7. Russia	534.2	579.9	17.Singapore	178.9	175.3
8. Canada	415.0	390.6	18. Turkey	176.3	108.1
9. Netherlands	361.8	369.0	19. Ireland	141.2	102.4
10. Italy	352.7	371.3	20. Brazil	139.9	165.2

Fuente: Elcano Royal Institute.

Esta alta presencia exterior muestra algo muy importante que afecta tanto a la acción exterior como, sobre todo, a la política exterior: que España es una nación fuertemente globalizada, pero de ningún modo es una potencia global. Nuestra economía es una de las más abiertas: las empresas españolas han llevado a cabo una fuerte inversión en el extranjero, hasta el punto de que más del 50% de los ingresos de las empresas del IBEX vienen del exterior; estamos sobreexpuestos a América Latina, que se independiza más y más, y que no controlamos; tenemos una muy fuerte dependencia energética; un serio riesgo de

seguridad al sur en el Estrecho, y necesidades enormes (y crecientes) de financiación exterior. Al tiempo, nuestra moneda y nuestra política están ancladas en el marco de la UE, y nuestra defensa lo está en el marco de la OTAN. Dependencia exterior que previsiblemente irá a más, como estamos viendo en las actuales crisis económicas en las que casi lo único que empuja son las exportaciones.

De modo que, como casi todos los países en un mundo globalizado, e incluso más que muchos, nuestra realidad social objetiva está abierta al mundo y depende por completo de él. No es pues exagerado decir que el futuro de España está fuera de España, no dentro.

Sin embargo, el peso objetivo de nuestro país en relación con el entorno internacional impide objetivamente que España pueda calificarse de potencia global. Su capacidad de penetración, presencia e influencia en el mundo es muy desigual, tanto por temas como geográficamente. Si tuviéramos que definir alguna posición para España en el *ranking* de países del mundo, esta sería, siendo optimistas, alrededor del primer 10% en el mejor caso (entre los veinte primeros), y, si somos realistas, más bien hacia el 15%, que es la posición que ocupamos en casi todos los indicadores per cápita o cualitativos. Eso significa que estamos en la cola del pelotón de cabeza de los países del mundo, posición similar a la de países como Italia, Canadá o Polonia, que, por una u otra razón, son conocidos y reconocidos, pero cuyo peso específico es limitado.

He aquí la contradicción esencial y más importante de la actual coyuntura histórica de España. Que, siendo un país enormemente dependiente del exterior, no tiene ni los recursos ni la capacidad suficientes para gestionar adecuadamente esa condición. Por decirlo de modo más rotundo: dependemos del exterior bastante más de lo que el exterior depende de nosotros, lo que significa que no controlamos los parámetros de nuestra reproducción.

Añadamos que en España la opinión pública (incluso la ilustrada) otorga a esa proyección exterior escasa relevancia. Los españoles muestran un marcado desinterés por la política exterior y las relaciones internacionales, y exhiben, por el contrario, una actitud con ciertas tentaciones aislacionistas, ensimismada, incluso endogámica y particularista, actitud que ha sido reforzada por el Estado de las Autonomías que ha venido a provincializar la política y a generalizar un marco de referencia localista y endogámico. Pues si ya la propia España resulta exótica y ajena en algunas comunidades españolas (“marginal”, se ha dicho), qué decir del resto del mundo.

Hay así una segunda contradicción esencial entre las necesidades objetivas de España en política exterior, de una parte, y las demandas subjetivas que la sociedad española formula, de otra. No solo dependemos del mundo sin que el mundo dependa de nosotros; además, no somos conscientes de esa dependencia. Tenemos un problema objetivo que se ve, pues, agrandado por otro subjetivo.

España se encuentra por tanto en una situación donde se hace más necesaria que nunca una seria reflexión sobre sus ambiciones y el papel que quiere y puede desempeñar en la arena internacional. Nuestro problema es el típico de los países medianos. No podemos jugar a no molestar y pasar desapercibidos, como los países pequeños, que pueden esconderse de la historia y que, en todo caso, saben que no pueden hacer otra cosa que sufrirla. Pero tampoco tenemos fuerza, como los países grandes, para liderarla. Debemos jugar, no podemos no jugar, pero sabemos que podemos perder. Y la conclusión es doble. De una parte, necesitamos aliados fiables, necesitamos cobertura; de otra, y como todos los débiles, tenemos que ser inteligentes e incluso astutos, pues los débiles no pueden ser torpes. Podemos no acertar, pero no podemos equivocarnos. Y para ser influyentes fuera de nuestras fronteras, debemos ser fuertes internamente, proyectando la imagen de un país pujante, políticamente estable, jurídicamente seguro y abierto al mundo.

Ambas conclusiones apuntan a que España debe priorizar su política exterior, cosa que no ha hecho quizás desde los tiempos del Conde Duque de Olivares. Intentaremos ver cómo.

2. El consenso democrático: Europa y la OTAN

Fue la Unión de Centro Democrático (UCD) la que, pronto en la historia de la Transición, acuñó como propuesta la fórmula de una política exterior "europea, democrática y occidental" para la España posfranquista. En ella se encerraban tres nociones claves: la de un país democrático; que debía aspirar a integrarse en la Europa comunitaria encarnada por la entonces Comunidad Económica Europea (CEE), y, simultáneamente, participar en la alianza político-militar de los países occidentales liderados por los Estados Unidos y configurada en la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN). Era el desiderátum para un país que, tras treinta y seis años de dictadura doméstica y aislamiento internacional, debía intentar parecerse a los "países del entorno". España debía dejar de ser "diferente", tal como la habían presentado los eslóganes turísticos de los años sesenta y setenta.

En sus líneas fundamentales el proceso estaba en gran parte culminado cuando España se adhiere en 1982 al Tratado de Washington, constitutivo de la OTAN, tras haber indicado ya en febrero de 1977 —inmediatamente después de las primeras elecciones democráticas—, su intención de formar parte de la CEE y comenzar cuanto antes las pertinentes negociaciones. En realidad, no acabaría de cerrarse hasta 1986, después de que el PSOE retirara sus iniciales reticencias a la alianza occidental —traducidas en la temprana fórmula "OTAN, de entrada No"— y en referéndum *ad hoc* postulara el voto a favor para una "OTAN, en el interés de España". Un fleco adicional, la participación de España en el sistema militar integrado de la OTAN, no estaría resuelto hasta 1999, pero ello no alteraba lo fundamental: España, país europeo, participaba como tantos otros en

el sistema político, económico y defensivo del mundo occidental. Habíamos dejado de ser diferentes.

Y esa doble asociación a la CEE (luego Unión Europea) y a la OTAN se había tempranamente convertido en el parecer consensuado de las principales fuerzas políticas españolas y en una realidad ampliamente compartida por la ciudadanía, y tenida por la definición básica de nuestra proyección, de nuestros intereses y de nuestras obligaciones en el terreno de la política exterior.

Cabe mantener, con todo, que el fervoroso europeísmo que el pueblo español ha venido manteniendo desde entonces no corresponde exactamente con los sentimientos que la OTAN despierta, seguramente debido al perfil militar de la organización y al escaso conocimiento que de ella existe, en un país donde las cuestiones de defensa no suelen formar parte ni de las prioridades gubernamentales ni de los entusiasmos populares. Pero ello no altera el alcance del aserto: UE y OTAN son, desde los tiempos de la transición española hacia la democracia, los territorios fundamentales, y como tal compartidos por gobernantes y gobernados, de nuestra política exterior.

El llamado "consenso" era pues algo muy sencillo: europeísmo indiscutible y explícito, doblado de atlantismo firme, aunque discreto y a veces casi vergonzante. Y así, en 1986 quedó finalmente resuelto el problema de la inserción internacional de España, que, desde entonces, ha venido articulada por tres vectores (cuatro, si desdoblamos el primero): euro-atlantismo, más América Latina y el Magreb.

En primer lugar, Europa y, singularmente, la Unión Europea que, más que política exterior, es ya política interior. Pues los españoles hemos sido europeístas, no como proyección de España hacia afuera —es decir, no como política exterior—, sino al contrario, como eje vertebrador de la política interior; no queremos ir a Europa, sino que Europa venga a nosotros, queremos europeizar España, ser europeos, no españolizar Europa. Y así nuestro europeísmo (de venida, más que de ida) es muy distinto del de otros países que —como Francia, por ejemplo— han hecho de la UE un vector de proyección exterior, o de aquellos otros que —como el Reino Unido— buscaban solo un mercado común.

En segundo lugar, los Estados Unidos, ya directamente —como durante la presidencia de Aznar—, ya bajo el paraguas del "atlantismo" —como durante la presidencia de Felipe González—. Una relación vista con recelo por los españoles, cuyo antiamericanismo político (pues en términos culturales España ha sido y es profundamente americana, del sur y del norte) ha sido tozudo, heredado quizás de la guerra hispano-norteamericana —una de las pocas guerras entre democracias que pueden mencionarse—, quizás del apoyo norteamericano a Franco, o incluso importado del antimperialismo latinoamericano. Pero no olvidemos que fue Felipe González quien relanzó la Nueva Agenda Transatlántica en la Cumbre Unión Europea-Estados Unidos celebrada en Madrid

en diciembre de 1995 para establecer un vínculo estructural básico entre Washington y Bruselas. Y fue su ministro de Asuntos Exteriores, el socialista Javier Solana, quien sería después secretario general de la OTAN antes de pasar a ser alto representante para la Política Exterior y de Seguridad de la UE, un símbolo indiscutible del triple entendimiento socialismo-Europa-Estados Unidos.

En tercer lugar, el otro vector atlántico (este del Atlántico sur), América Latina, con la que nos une un pasado centenario que sobrevive en lazos de sangre y memorias familiares, en una lengua y pautas culturales comunes; también, y progresivamente, en unos intereses económicos que crecieron con celeridad a finales del siglo pasado cuando se inició la proyección económica de empresas españolas aprovechando los procesos privatizadores. Una política que había iniciado el propio Franco con la creación en 1946 del Instituto de Cultura Hispánica y las alharacas del Día de la Raza o de la Hispanidad, y cuyo tono paternalista se conserva soterradamente bajo la etiqueta de "Iberoamérica" (así se llama la Secretaría de Estado, y ese es aún el lenguaje oficial de nuestra diplomacia), y no América Latina, como ellos se llaman a sí mismos. Paternalismo que se oculta malamente en la política de Cumbres Iberoamericanas, que comenzó en 1991 de cara a la Expo de Sevilla del año siguiente, y que ha continuado, pero cuyo agotamiento es cada vez más patente.

Y, finalmente, un cuarto vector, más impuesto que voluntario, impuesto desde fuera por exigencia de la geografía y los intereses, y al que España y los españoles renunciarían si pudieran: el vector africano. Como muchos países europeos, España no quiere mirar al sur y preferiría tener frontera con la nada. Pero hete aquí que tiene fronteras con Marruecos todavía no delimitadas, que incluyen las viejas Plazas de Soberanía (Perejil, las Islas Chafarinas y el Peñón de Vélez de la Gomera); tiene dos enclaves complejos y casi imposibles de defender en Ceuta y Melilla (e incluso las Islas Canarias y sus aguas territoriales); tiene un proceso descolonizador todavía abierto en el Sahara, y tiene importantes intereses gasísticos, petroleros, pesqueros, de seguridad (drogas y terrorismo) y de inmigración, por citar solo algunos de los muchos y principales problemas.

De modo que si España mira al norte con ilusión (y dispuesta a aprender), y mira al oeste con esperanza (y dispuesta a enseñar), mira al sur siempre con preocupación y cierto desprecio, quizás porque ahí radica nuestro principal riesgo de seguridad.

Y eso es casi toda la política exterior española, los 360 grados de nuestra circunferencia: Unión Europea, Estados Unidos, América Latina y el Magreb, los cuatro vectores tradicionales de nuestra política exterior, permanentes, como lo es nuestra posición geoestratégica. Pues España es parte de Europa, pero en una posición periférica, abierta al Atlántico y puente con África. Tenía razón Montesquieu, y la historia es, al final, geografía; y, así, esos cuatro vectores definieron la política exterior del general Franco, al igual que la de la transición

y la de los gobiernos democráticos, ya fueran socialistas o populares, como antes definieron la de Cánovas, antes la del Conde de Aranda, e incluso antes la de Carlos V o Felipe II. Cierto que esos vectores, intereses permanentes de España, pueden modularse en muchos sentidos, y las variaciones no son nada triviales como veremos inmediatamente. Pero marcan, no solo lo que es, sino lo que no es y, sobre todo, lo que no puede no ser.

3. La ruptura del consenso: del 14 M a Podemos, pasando por la sedición catalana

Ese consenso básico empezaría a deteriorarse con la guerra de Irak y tras los atentados del 11 de marzo de 2004 y las subsiguientes elecciones del 14 de marzo, que cambiaron el escenario de la política interior, pero vendrían a alterar también, y con bastante profundidad, la exterior.

En el primer frente, el europeo, recordemos que el presidente Zapatero se comprometió a "regresar al corazón de Europa" contando con el gobierno socialista del canciller Schröder y del presidente francés Chirac, lo que debía conducir a una UE fuerte, una pacífica fuerza para el bien (una fuerza "herbívora"), alternativa a la agresiva potencia unilateral americana (el "carnívoro" y agresivo "Imperio del mal"). Pero pocos meses después los aliados francoalemanes de Zapatero habían cambiado de gobierno, y el apoyo prestado a ambos se tornaba en desencuentro con los nuevos líderes, Angela Merkel y Sarkozy. Mala relación que debilitó nuestra posición europea justo cuando la crisis económica nos colocó del lado de los "despilfarradores del sur" (los "PIGS"), deteriorando nuestra credibilidad internacional. España, que había sido vanguardia de la construcción europea con Felipe González y con José María Aznar, pasaba a la posición de "menesteroso" del crédito europeo, una posición que en buena medida continúa.

Desde entonces el posible liderazgo español en la política de la UE se ha visto deteriorado. Pues si primero fue la Gran Recesión, luego fue la crisis catalana del 2017 con su notable impacto negativo en la opinión pública. Una crisis que fue muy mal gestionada en términos de comunicación (y el gobierno español hizo bien poco por proyectar nuestra visión y mensaje en los medios de comunicación relevantes), pero —lo que es menos sabido— fue muy bien gestionada por la diplomacia española, de modo que el intento separatista por internacionalizar el *procés* fracasó rotundamente, tanto en el marco de la UE como fuera. Pero los favores se pagan, y la diplomacia española estuvo fagocitada por la gestión del separatismo catalán, que consumió energía, tiempo y oportunidades. Y cuando parecía que la crisis catalana estaba ya encarrilada en el marco internacional, llegó la pandemia y la nueva crisis económica, y de nuevo la urgencia de obtener ayuda de los socios europeos. Y puede que los indultos posteriores, en lugar de contribuir a acallar el problema, lo hayan magnificado también en el exterior.

Más visible ha sido el fracaso en el segundo frente, el atlántico. Felipe González y José María Aznar, bajo contextos alternativos y diferentes, mantuvieron excelentes relaciones con los Estados Unidos. Pero el "europeísmo atlantista" lo rompió el canciller alemán Schröder en el 2002 cuando, en la campaña electoral, y sin consultar con la UE, decidió la posición de Alemania: no a la guerra de Irak, dijeran lo que dijeran las Naciones Unidas. Chirac se sumó y asumió el liderazgo; era la tradición francesa. Y Aznar, Blair y otros países europeos (dos tercios frente a un tercio, en la UE de entonces) reaccionaron en contra apoyando a los Estados Unidos. Fue una guerra desafortunada que acabó dañando a todos. Y desde entonces hemos arrastrado dos "europeísmos": el viejo, el de siempre, proatlántico, y el nuevo, (soterradamente) antiamericano, que pretendía hacer de Europa una alternativa a los Estados Unidos bajo el liderazgo de Francia y Alemania y con la colaboración (también soterrada) de Rusia y China. Y fue el presidente del gobierno español elegido en 2004, José Luis Rodríguez Zapatero, quien, rompiendo con la línea marcada por todos sus predecesores, se sumó a esta apuesta por una Europa si no antiamericana, si antiatlantista.

Pero la actuación de Zapatero pasará a los anales de la historia internacional como ejemplo de lo que nunca se debe hacer. El insulto gratuito a la bandera americana y, sobre todo, la brusca retirada de las tropas españoles de Irak a los pocos días de tomar posesión, fue percibido casi como una traición en el mismo frente de batalla; recordemos que las tropas españolas, que no habían participado en la confrontación bélica, estaban desplegadas en el país al amparo de las Resoluciones 1.483, de 22 de mayo de 2003, y 1.511, de 16 de octubre del mismo año. La brusca y no anunciada retirada congeló la relación con los Estados Unidos durante la administración Bush (y en nada ayudó la torpe apuesta por el candidato Kerry contra Bush en las elecciones presidenciales subsiguientes), se mantuvo en niveles mínimos durante la presidencia de Obama, no conoció variaciones bajo la presidencia de Trump, y ofrece la misma lejanía con la actual administración Biden.

Si los dos frentes principales se deterioraron, ello no podía dejar de repercutir en los otros frentes diplomáticos. Y de nuevo hay que regresar a las bases sentadas por Felipe González y Aznar en una estrategia que podemos definir como la de la *doble triangulación*. Pues España cuenta en América Latina tanto más cuanto más cuenta en la UE, pero también viceversa, pues la UE escucha en primer lugar a España cuando se habla del hemisferio. De modo que la apuesta europeísta de España no solo no se perjudica, sino que se complementa, con la americanista. Y si esta triangulación sur-atlántica se la debemos en buena medida a Felipe González, la segunda, la nor-atlántica, la articuló Aznar: somos tanto más importantes en América Latina cuanta mayor interlocución tengamos en Washington, y viceversa.

Por ello mismo, sin los pilares de la UE o de los Estados Unidos, por supuesto, la triangulación se hace imposible, y nuestra posición en América Latina se

deteriora considerablemente. Y de hecho hemos sido (incluso a pesar nuestro) los legitimadores del nuevo populismo de izquierdas, manifiestamente antidemocrático, y no los defensores del *rule of law*, la seguridad jurídica y la estabilidad democrática. Pues en los últimos años, y en relación con América Latina, España ha tenido no una, sino dos políticas exteriores. Una manifiesta —en línea con la UE y con los Estados Unidos—, de defensa de la democracia y las libertades, pero otra latente y casi oculta —llevada a cabo por el expresidente Zapatero y por el ya exvicepresidente Iglesias con la aquiescencia del presidente Sánchez—, de comprensión y ayuda a los países autoritarios de la región, singularmente Venezuela y Cuba, con episodios rocambolescos y sospechas de corrupción aún no aclarados.

Finalmente, algo parecido podemos decir en relación con el Magreb. El incidente de Perejil en el 2002 puso de manifiesto dos datos importantes. El primero, que poco cabía esperar (entonces) de la UE, maniatada por los intereses franceses en el Magreb (hoy, sin embargo, deteriorados). La segunda, que fue la presión americana —cada vez más importante como sostén del régimen alauita— la que pudo solucionar el contencioso en favor de nuestros intereses. Y bien, los Estados Unidos parecen haber optado por Marruecos frente a España como aliado más seguro en el Estrecho y, tras el reconocimiento americano de la soberanía marroquí sobre el Sahara, podemos acabar perdiendo nuestra principal base negociadora con la monarquía de ese país.

Zapatero aseguró al poco de tomar posesión en el 2004 que en seis meses solucionaba el tema del Sahara. Por supuesto no lo hizo, pero lo que sí hizo fue regalarle bazas a Marruecos sin obtener compensaciones. Es probable que no sea viable un Estado saharaui y, sobre todo, su coste para España (e incluso para los mismos saharauis) sea mucho mayor que los beneficios que reportan otras soluciones, en concreto una amplia autonomía bajo soberanía marroquí y bajo tutela internacional (ONU) transitoria. Pero cuando Zapatero renunció a defender la legalidad internacional para proponer una autonomía bajo soberanía marroquí, estaba quemando la única solución viable. Cualquier diplomático sabe que el objetivo de una negociación no se pone jamás encima de la mesa al comienzo, pues debe salir de la negociación misma, y a ser posible de la parte contraria. Hoy, Marruecos (con ayuda de Trump) ya ha dado por ganada la soberanía a través de la solución de la autonomía, solución que nosotros hemos perdido como baza, al tiempo que los saharauis, que hubieran podido aceptar tal solución de haber salido de ellos, la rechazan. ¿Y qué hemos obtenido nosotros? Soberanía por soberanía, lo que deberíamos haber obtenido es, al menos, un reconocimiento explícito de la legalidad *de facto*, si no de la legitimidad, de nuestra posición en Ceuta y Melilla. Ellos sí han avanzado las fichas del ajedrez, nosotros las hemos hecho retroceder.

La piedra en el zapato de todo el Magreb, nuestro vecindario sur, es sin duda el Sahara. Sin solución al tema del Sahara, no hay entendimiento entre Marruecos y Argelia; sin ese entendimiento no hay estabilidad en el Magreb; sin

estabilidad no hay modo de cambiar cañones por mantequilla y el presupuesto marroquí se pierde sosteniendo a su ejército en las arenas del Sahara; sin estabilidad no hay inversión, sin inversión no hay desarrollo, y sin desarrollo y bienestar no se combate el fundamentalismo.

Marruecos sufre —como casi todo el norte de África— de un enorme crecimiento de población joven que se urbaniza aceleradamente en inmensas *bidonvilles* pero sin grandes perspectivas de futuro (el caldo de la "primavera árabe"), y podría desestabilizarse, lo que proyectaría la frustración sobre España, generando una crisis de gran envergadura. Crisis que solo podría ser contenida con la ayuda de los Estados Unidos, que hoy podría inclinarse del lado contrario. Tenemos un flanco potencialmente explosivo al sur, frente a la dorada Costa del Sol, y, frente a eso, ni la Alianza de Civilizaciones (ocurrencia de un funcionario que ya nadie sabe cómo liquidar) ni la Conferencia de Barcelona (con o sin Unión Mediterránea) tienen respuestas adecuadas.

Este es el escenario de nuestro posicionamiento internacional a comienzos del siglo XXI. España juega (pero no mucho) en la liga europea, la americana y la del Magreb, aunque en estos momentos todas las apuestas nos señalan como equipo perdedor —o al menos deteriorado—, habiendo perdido el glamur del que disfrutamos algunas décadas. Pero estamos. Y no estamos en casi nada más. Por mucho que se insista no contamos nada en Oriente Medio, tampoco en el África subsahariana (aunque se han hecho progresos desde la presidencia de Zapatero), y poco o nada en Asia, donde se juega la suerte del mundo, y ello a pesar de intentos reiterados de la administración ya desde los tiempos del ministro Piqué.

4. La situación actual: en el punto cero de un nuevo consenso

Inevitablemente, y como ha ocurrido con todos los países del mundo, la pandemia provocada por la COVID-19 ha alterado de manera sustancial las prioridades de la política exterior española para centrar los objetivos nacionales, tanto domésticos como internacionales, en las mejores maneras con que hacer frente a la nueva peste.

Pero al mismo tiempo se ponía dramáticamente de relieve para España la ventaja derivada de pertenecer al cuasi federalismo europeo, cual si de una red de seguridad se tratara, al contemplar las insuficiencias de la economía española: la baja productividad, la alta y crónica cifra en el desempleo, la alta temporalidad laboral, el extendido fraude fiscal, los abultadas niveles de deuda y déficit, el elevado número de unidades económicas en manos de los pequeños empresarios y, entre otros datos, la desmesurada dependencia del turismo para la economía nacional. El caso de España (sumado al de Italia y Grecia) configuraba en el seno europeo la realidad de un "Sur" mal administrado y manirroto, que cargaba indebidamente las cuentas continentales, y frente a cuyo mal

ejemplo, como crítica y reprensión, se elevaban las voces de los "frugales", representados por los dirigentes holandeses en colaboración y sintonía con austríacos, suecos y daneses.

La tragedia de la COVID-19 ha multiplicado en tiempo, cantidad y calidad la respuesta a la dimensión del problema, bien que a menudo con tardanzas, imprecisiones y errores. Por el lado de la UE fue rápidamente evidente el deseo europeo de ofrecer una ayuda masiva para contrarrestar los costes económicos y sociales de la catástrofe, corrigiendo con ello las limitaciones que mostró en los tiempos de Lehman Brothers. Es una cantidad global cercana a los 800 mil millones de euros la que Bruselas haría llegar a los Estados miembros en función de sus respectivas necesidades y urgencias, y siempre con la condición de explicitar en las correspondientes peticiones de ayuda los proyectos a los que las ayudas serían aplicadas. En el caso de España la cantidad global fijada ha sido la de 140 mil millones de euros, que suponen una poderosa inyección económica a una economía doblemente golpeada por su deficiente estructura y por la destrucción debida a la pandemia. De nuevo España muestra su dependencia de unos fondos europeos que hacen verdad la convicción de no pocas gentes: ¿qué sería de la economía española si el país no perteneciera a la UE? Sin duda, el *default* sería imparable.

El plan *Next Generation EU* encarna un esfuerzo loable y bien concebido de articular la respuesta a la pandemia y al mismo tiempo sentar las bases para una comunidad a 27, ausente ya el Reino Unido. No consta que España, la cuarta economía del euro, haya participado activamente y con influencia en su concepción y desarrollo, atada como se encuentra por las urgencias domésticas y por la evidente pérdida de reputación y confianza derivada de un modelo gubernamental en el que coexisten socialdemócratas con representantes de fórmulas marxistas y antisistema, casi un gobierno contra el Estado.

Capítulo central es el dedicado a los Estados Unidos de América, que sin exageración cabría considerar como el principal de nuestros aliados. Relaciones correctas en la formalidad habitual, pero que atraviesan una larga fase de anonimato e intrascendencia que los últimos tiempos no han hecho más que profundizar: el presidente Joe Biden, residente en la Casa Blanca desde el mes de enero de 2021, ha mantenido decenas de conversaciones con líderes extranjeros de filiación y proximidad diversas. Entre ellos no se encuentra Pedro Sánchez. Pero Pedro Sánchez es presidente del Gobierno de un país que mantiene con la potencia americana una larga relación de cooperación defensiva, traducida en la presencia en nuestro país de bases que albergan contingentes militares norteamericanos con importantes responsabilidades defensivas hacia el Extremo Oriente y hacia el Sahel. Y que en terrenos tan variados como la colaboración cultural, científica o económica, además de la que suponía la triangulación entre las Américas del Norte y del Sur, o la ayuda fundamental que las agencias americanas prestaron a nuestro país en la lucha contra el terrorismo nacionalista vasco de ETA, dieron a las relaciones bilaterales

profundidad y anchura bajo los mandatos de González/Clinton o Aznar/Bush. No puede ser debida a imprudente olvido tan manifiesta muestra de desapego, que sitúa las relaciones exteriores con Washington en el exclusivo nivel de las bases militares.

Es patente, y no de ahora mismo, el grado de baja tonalidad por la que atraviesan nuestras relaciones con los países latinoamericanos. Los tiempos conocidos en los años noventa del pasado siglo, cuando la creación e impulso de la Cumbre de Naciones Iberoamericanas dio un poderoso incentivo para profundizar en sus contactos e intereses con la que no pocos todavía llaman la "madre patria", parecen ya muy lejanos. Las relaciones bilaterales carecen de visibilidad y presencia; la multitud de problemas por los que atraviesa el continente encuentra a España muda o ajena; y, en los momentos recientes, las opciones gubernamentales españolas han creado confusión y sorpresa cuando algunos de sus componentes parecen optar por la proximidad hacia las fórmulas totalitarias que proliferan, mientras escasean las manifestaciones de interés y ayuda por los países que se esfuerzan por dar sentido y viabilidad a las opciones democráticas.

De lo primero, el reducido alcance actual de las Cumbres, da buena y triste fe la recientemente celebrada en Andorra. De lo segundo, las tentaciones bolivarianas del ejecutivo español, es buena muestra la conducta del exvicepresidente del Gobierno Pablo Iglesias, socio del llamado Grupo de San Pablo que integra a cubanos, venezolanos, nicaragüenses, peronistas argentinos y otros de similar proclividad.

Finalmente, la tensión en las relaciones con Marruecos es más que evidente. Cierto es que desde la independencia del vecino del sur, allá por 1956, no han faltado roces y malentendidos, culminados en la Marcha Verde en 1975 para reclamar la soberanía sobre el Sahara. Los sucesivos gobiernos españoles han contemplado con varios grados de pasividad la recurrente voluntad reclamatoria del reino alauita, sea con relación a Ceuta y Melilla —que los marroquíes no han dejado de considerar territorio irredento—, sea en las aproximaciones a Canarias y las aguas territoriales fronterizas, sea probando la voluntad de contención española, como ocurrió con el citado incidente de Perejil. O bien la manifiesta intencionalidad con que el sultanato magrebí controla, alienta o impide, según sus intereses, el flujo migratorio africano hacia la península. La "invasión" (porque de ello se trataba) de Ceuta por parte de unos 10.000 ciudadanos marroquíes en el mes de mayo de 2021 constituye una prueba adicional de los cálculos que Marruecos permanentemente mantiene con España: la reivindicación territorial frente a un vecino que, no sin razón, se estima debilitado.

Marruecos y, paralelamente, Argelia conforman un complicado círculo de prioridades a los que es urgente dedicar atención y cuidado. No lo han olvidado nuestras empresas grandes y pequeñas que en múltiples sectores de la economía obtienen los réditos de sus trabajos en ambos países. Tampoco lo han

olvidado, en su círculo de responsabilidades, las Fuerzas Armadas españolas destacadas, junto a otros contingentes europeos, en el Sahel, al sur de ambos vecinos y contendientes, para controlar e impedir el crecimiento de la desestabilización terrorista de la Yihad islámica en el área.

En el recuento queda indefectiblemente la cuestión de Gibraltar, la "fruta madura" que otros tiempos estimaron pronta para caer, y que hoy recibe una mirada resignada por parte de los gestores de la cosa exterior. En la práctica de los últimos cincuenta años, y bien que con diferentes alternativas —la "verja" entre España y la colonia estuvo cerrada desde 1969 hasta 1982—, el "territorio no autónomo" ha venido aprovechando las fragilidades del entorno para alterar las condiciones del problema: en realidad no es Gibraltar la colonia, sino más bien el territorio español circundante, La Línea de la Concepción y el Campo de Gibraltar, cuyos habitantes dependen de la florida economía que el Peñón ha venido creando al aire de los fraudes fiscales, la economía opaca, la industria del juego y, sin olvidarlo, la existencia de la base militar de tanta significación para la proyección marítima del Reino Unido y en la que con regularidad recalan submarinos nucleares. Son múltiples las razones que abonan el mantenimiento de relaciones razonables de amistad y cooperación entre los dos países después de que el Reino Unido decidiera abandonar la UE, pero entre ellas no están las que supongan el abandono de una legal pretensión secular, por arduo que resulte imaginar cómo y cuándo el Peñón pudiera volver a ondear en su cima la bandera española.

Varias son las lecciones que extraer y aplicar de todo lo antes dicho, pero urgente y dolorosa la constatación del momento: la política exterior de España se encuentra actualmente bajo mínimos de eficacia y capacidad. Es una nueva constatación del principio fundamental: política interior y exterior son dos caras de la misma moneda, y es aquella la que dicta el sentido imprescindible de coherencia y capacidad que la segunda debe proyectar.

5. Por una reconducción: algunas propuestas

1) *Fundamental: una política de Estado, una política consensuada y de largo plazo que ofrezca credibilidad*

La política exterior debe ser siempre política de Estado, y las políticas de Estado deben ser al tiempo políticas de consenso entre aquellos partidos que puedan tener responsabilidades de gobierno. De otro modo, los disensos en la política exterior se transforman en política interior partidista, y ello no solo divide al país y debilita la fuerza hacia fuera, sino que llama a la intervención extranjera en asuntos internos, que aprovechan nuestras fisuras para hacer avanzar sus posiciones, y no faltan candidatos hoy para medrar en las *fake news* y las teorías conspirativas. Se trata pues de mantener posiciones unitarias, pero también estables en el tiempo. Unitarias, pues deben reflejar la

voluntad y, sobre todo, los intereses de la nación misma. Y estables, pues su mudanza muestra su falta de solidez interna y genera inseguridad en el entorno. Si algo no admite la política exterior son los bandazos, pues, al final, los mismos aliados no saben si lo son, y el resultado es la soledad.

Y así, la primera condición para una nueva política exterior es poner la casa en orden de modo que se hable con una sola voz: la voz de un gobierno unido que encuentra el respaldo de la oposición. Una condición que, salvo con la guerra de Irak, se ha mantenido bastante estable durante el periodo democrático. Pero se rompió con los gobiernos de Rodríguez Zapatero, y más aún con los de Pedro Sánchez, con quien, más que uno, teníamos dos gobiernos en política exterior hablando con mensajes distintos y ninguno respaldado por la oposición. Y añadamos el escándalo de Diplocat, la agencia exterior de la Generalitat de Cataluña que actúa como una representación de la *non nata* República Catalana (tema sobre el que el Círculo Cívico de Opinión ya se ha pronunciado: "Las delegaciones catalanas en el exterior", *Cuadernos 30*, mayo de 2021). Las recientes maniobras diplomáticas del Reino de Marruecos no hubieran sido posibles sin esa división interna, que aprovecha y amplía la propia división del gobierno. Una división que, a su vez, bloquea la acción de nuestro principal embajador, el Rey, y de la Institución que encarna, la Corona, elemento fundamental para nuestra acción exterior, pero que solo puede actuar si hay consenso. Y una división que desconcierta a la opinión pública, que ya está naturalmente desinteresada en la política exterior.

2) *Reforzar políticas multilaterales*

Para la proyección exterior española es fundamental tanto la continuidad y el reforzamiento de los instrumentos multilaterales que ofrecen la UE y la OTAN como la pertenencia del país a ambas. La teoría y la práctica del multilateralismo como factor indispensable para la promoción de la estabilidad mundial —y que por supuesto incluye en otras dimensiones a la ONU y a sus múltiples agencias—, han sido y deben seguir siendo parte sustancial de nuestra política exterior y reflejo de una bien fundada adhesión a los principios y a las reglas del Derecho Internacional. Tanto más cuanto que, y con motivo de la crisis de incertidumbre que la pandemia ha provocado, no son pocos los que en el mundo de las responsabilidades gubernamentales o de la politología aplicada estiman periclitada la razón de ser de ambas instituciones (se incidirá sobre esto más adelante). En sus diversos ámbitos de responsabilidad, y aun teniendo en cuenta sus limitaciones y deficiencias, ambas encarnan para sus miembros —y para los que no lo son— elementos valiosos para la proyección de esferas de prosperidad y seguridad que, a la postre, resultan indispensables para el mantenimiento de la paz.

Pero esa doble y bienvenida pertenencia no debe interpretarse en términos de tranquila y gozosa pasividad: ambas dependen de la capacidad colaborativa y actuante de sus miembros y ambas se compadecen asimismo con las relaciones

bilaterales o multilaterales de alianza que en su seno pueden existir. Ese terreno no ha sido explorado por España y debería serlo con todas sus consecuencias, como señalamos posteriormente.

España, el cuarto país en dimensión de los que integran la UE, debería encontrar razones suficientes y activas para establecer con Francia y la República Federal de Alemania un tripartito de iniciativa, entendimiento y acción. Esa dimensión esencial de nuestra diplomacia, y en verdad también de toda nuestra concepción nacional e internacional, debe ser abordada con la cautela que el tema merece, pero también con la convicción de que una UE con el poderoso apoyo al sur y al oeste atlántico que España puede aportar, se vería reforzada en credibilidad y eficacia.

Junto con la conveniencia de hacer lo propio, la formulación de relaciones privilegiadas con el mundo que al este del Europa y en el seno de la UE hoy recoge la multiplicidad de países que en su momento formaron parte del Pacto de Varsovia y, tras la desaparición de la URSS, buscaron en la federación europea libertad y democracia. España debería sentar las bases de esa proximidad geoestratégica con Polonia, que, en la frontera oriental, y con similares proporciones geográficas y demográficas, encarna parecidas tribulaciones a las sentidas por la fronteriza España. Es un terreno casi nunca transitado pero que indudablemente prestaría profundidad a nuestras relaciones exteriores dentro y fuera de la UE y renovado sentido de cohesión al grupo. No en vano, cabe recordarlo, fue España —durante el mandato de José María Aznar como presidente de Gobierno— la que prestó a Polonia funcionarios y experiencia para comenzar a navegar por el proceloso mundo de la adhesión al club comunitario, y ahora quizás pudiera contribuir a solucionar el contencioso provocado al negar el tribunal constitucional polaco la primacía del Derecho de la UE.

Con el mismo enfoque, y tanto en beneficio de la proyección exterior comunitaria como la de la propia España, nuestro país debe reordenar y dar nuevo impulso a las relaciones exteriores con los países latinoamericanos. España ha mantenido y viene manteniendo relaciones diplomáticas y económicas con todos los países del área, con cierta independencia de la calidad del régimen político imperante. Es principio respetable solo puesto a prueba cuando existan graves violaciones de los derechos humanos y sometido a las correspondientes gradaciones. Por ello, ese elemental principio de realismo no debe impedir la aplicación de otros dos igualmente relevantes. El primero, las relaciones con los países autoritarios o dictatoriales, que hoy integran las corrientes populistas en ambos extremos del espectro, no pueden tener el mismo rango y alcance que las mantenidas con los países democráticos, y de ello deben ser conscientes los países en cuestión y sus respectivos representantes. Y, en segundo lugar, la normalidad técnica de las relaciones diplomáticas no debe impedir que España reclame y predique la necesidad de retornar a las prácticas en las que derechos humanos y libertades fundamentales son respetados. Es evidente que en todos esos terrenos, incluidos el de las relaciones económicas

y tecnológicas, España tiene dentro de la UE características únicas que debidamente puestas en valor funcional pueden resultar enormemente favorables al triángulo España-UE-América Latina.

Algo similar, con otras dimensiones, debe ocurrir con las relaciones entre España y los Estados Unidos, sometidas actualmente a un letargo peculiar y seguramente más debido a las disonancias entre las respectivas políticas domésticas que a la orientación fundamental de la política exterior. Aunque sea evidente que, de seguir las cosas con la actual mayoría gubernamental española, esta última, la política exterior, acabaría siendo también una secuela de la primera, la interior. Con graves consecuencias para la definición "europea, democrática y occidental" que hasta ahora ha venido definiendo la proyección del país.

Con la doble afinidad de ser ambos aliados en la OTAN y mantener desde hace decenios una estable relación bilateral de tipo fundamentalmente defensivo, las relaciones con los Estados Unidos han ido desarrollándose en múltiples campos de interés mutuo: económicos, culturales, lingüísticos, tecnológicos, de seguridad en sus múltiples aspectos, etc. La recuperación de un alto nivel de entendimiento con los Estados Unidos es esencial. No únicamente para no poner en duda la fiabilidad de nuestros compromisos defensivos —terreno este en el que querría navegar libremente el reino alauita en beneficio propio—, sino además para recuperar con la que sigue siendo la primera potencia mundial el nivel de cooperación y entendimiento que fue la nota distintiva de nuestras relaciones tiempo atrás. Y que, por si alguien quisiera olvidarlo, tienen una progresivamente importante realidad común en el futuro próximo de unos Estados Unidos como primer país, tras México, en población de habla española en todo el mundo.

3) *Crear una red de aliados estratégicos bilaterales*

Como ya se ha dicho, el posicionamiento exterior de España desde la transición ha tenido dos vectores, dos patas sobre las que ha caminado nuestra política exterior: la Unión Europea y la Alianza Atlántica. Ambas han sido nuestros paraguas y nuestra referencia. Por muy buenas razones, ciertamente. Y con excelentes resultados también.

Pero las hipótesis optimistas que afloraron en el decenio de 1990, el entonces llamado Orden Internacional Liberal, se están derrumbando, y la crisis del coronavirus es un potente catalizador de ese proceso. Un orden que nunca ha sido tal, aunque podría llegar a serlo, pero que depende de que sus unidades constitutivas sean democráticas y, como sabemos, tras un largo periodo de triunfos en buena parte del mundo, asistimos hoy a su deterioro continuado.

Estamos ya en un mundo post-europeo, y en buena medida post-occidental, y ambas patas (UE y OTAN) están sujetas a deterioros y fragilidades, y para no

pocos empiezan a parecer instituciones zombis. Y desgraciadamente la experiencia histórica enseña que solo nos daremos cuenta de que están agonizando bastante después de muertas, demasiado tarde para la acción.

Basta hacerse las dos preguntas obligadas: ¿podemos confiar en la OTAN, es decir, podemos confiar en la protección de los Estados Unidos, por ejemplo, ante un eventual conflicto con Marruecos (y recordemos que Ceuta y Melilla quedan fuera del paraguas OTAN)? ¿Podemos confiar en la UE, en la solidaridad de nuestros socios? Podemos hacer las mismas preguntas, pero al contrario: ¿qué probabilidad darle a que, a consecuencia de una nueva presidencia de Trump, este liquide formalmente la OTAN (informalmente ya casi lo hizo)? ¿Qué probabilidad darle a que una futura y brutal crisis económica o elecciones desafortunadas en Francia liquiden el euro y, con él, la UE, al menos tal y como la hemos conocido? Es de temer que en ninguno de los dos casos la probabilidad (siendo conservadores) sea despreciable. Por verlo finalmente desde una tercera perspectiva, ¿acaso los Estados socios de Europa no planifican, ellos también, al margen de esos dos grandes paraguas? Cuando Francia desarrolla su potente política africana o Alemania su *ostpolitik*, ¿acaso no lo hacen al margen de la UE o de la OTAN? ¿Por qué ha ocurrido el Brexit? En resumen, continuar asentando nuestra política exterior solo sobre esos dos ejes empieza a ser hoy una apuesta arriesgada. Pues bien, todos los documentos españoles de política exterior (el más reciente, ya citado, *Estrategia de Acción Exterior 2021-2024* del MAEC) asumen acríticamente ese marco de referencia, sin pensar más allá.

Creemos que tenemos que empezar a pensar la vinculación de España con el mundo *out-of-the-box*, más allá de ideas preconcebidas y precocinadas. Lo que nos obliga a empezar a pensar (al menos empezar a pensar) un plan alternativo para España que no cuente necesariamente con esos dos apoyos, un Plan B que parta de la hipótesis de que el orden liberal internacional ha fracasado (lo que es parcialmente cierto) y entramos en un mundo westfaliano de potencias grandes o medianas con escasa articulación multilateral. Una multipolaridad asimétrica, articulada alrededor del eje Estados Unidos-China, tensión que Joe Biden está absolutizando, pero en un marco de notable deficiencia multilateral.

Nadie propone saltar desde un Plan A (multilateral) a un Plan B (bilateral, como veremos), sino de jugar con dos barajas al tiempo a dos juegos, distintos aunque complementarios. No podemos ni debemos jugar al margen —y mucho menos en contra— de la puesta en marcha de un orden multilateral, pues a España le interesa sobremanera una OTAN potente, y una UE fuerte. Debemos jugar ese juego, tanto como sea posible. Pero ¿y si no tenemos éxito?

Por ello debemos pensar en qué posición queda España en ese escenario post-occidental y post-europeo, y cuáles pueden ser los vectores de esa nueva política exterior. Pensarlo, para poder ir avanzando en el fortalecimiento de

nuestra posición en el Plan B, siempre que ese fortalecimiento no hipoteque el Plan A, que de momento sigue siendo prioritario, pero que incluso puede verse reforzado por el Plan B. Pues es evidente que una sólida red de alianzas bilaterales refuerza nuestra posición en las instituciones multilaterales, no la debilita. Nos dejamos arrastrar por la ilusión de una gobernanza global, sin darnos cuenta de que esta solo será posible sobre una red previa de solidaridades bilaterales.

¿En qué debe consistir ese Plan B? No lo sabemos aún, pues de eso se trata, de pensarlo. Pero aventuramos un par de ideas. La principal: articular una sólida red de alianzas bilaterales, al margen de los marcos multilaterales. En primer lugar, con nuestros tres vecinos (Portugal, Francia, Marruecos); en segundo lugar, con nuestros más potentes aliados (Estados Unidos, Alemania, Reino Unido); y, en tercer lugar, con países de Latinoamérica (México —país líder de la hispanofonía—, Argentina, sin olvidar a Brasil). Poco más. Países con los que debemos establecer una alianza estratégica, una red fluida de contactos de todo nivel, basada en poderosos intereses económicos y en contactos políticos constantes. En ello, como en muchos otros campos, podemos avanzar sin perjudicar nuestro posicionamiento actual; muy al contrario, pues solo eso dará vitalidad a las mortecinas Cumbres.

Y una segunda idea: España necesita contar con una flota de superficie y sumergida y una fuerza aérea capaces de asegurar el entorno próximo en todos sus aspectos y de nuevo al margen de alianzas externas, lo que por supuesto refuerza también esas alianzas. Gastar más en defensa (y gastar bien) no debilita sino refuerza nuestra posición en la OTAN y en la UE. La misma razón por la que Francia ha aprobado la construcción de un nuevo portaviones de propulsión nuclear. Naturalmente, todo ello exige por parte de los poderes públicos la voluntad de transmitir a la ciudadanía la necesidad de contar con unas Fuerzas Armadas que aseguren la defensa de nuestros intereses y disuadan cualquier intento dirigido contra ellos. Ello paralelamente exige una dedicación pedagógica temprana en la educación cívica, en la actualidad casi inexistente, y dos recordatorios indispensables: uno, las funciones de los ejércitos no deben de ser confundidas con las de otros servicios dedicados a la protección del medio ambiente o de la seguridad urbana; otro, en el momento de la verdad, difícil será garantizar la defensa nacional si los propios españoles no están dispuestos a proveerla. En este terreno, como en tantos otros, no cabe esperar de otros lo que nosotros mismos no estamos dispuestos a ofrecer.

He aquí el dato más radical de la posición de España a comienzos del siglo XXI: ante el nuevo mundo post-occidental y asiático que se abre, y ante la indefinición del proyecto europeo de política exterior, regresamos a un nuevo comienzo, en cierto sentido a un nuevo punto cero. Los españoles no tenemos alternativa: debemos repensar *ex novo* nuestra política exterior, pues los pilares sobre los que esta se ha construido (primacía de Occidente y de Europa; hegemonía americana; relevancia de la UE) están siendo barridos por la historia.

4) *Políticas transversales en sectores claves*

La globalización ha venido a barrer en buena medida las fronteras entre la política exterior y la interior, de modo que algunas de las principales políticas nos vienen impuestas desde el exterior. Por ello, la diplomacia hoy se abre en un abanico amplio de actividades de ida y vuelta entre lo exterior y lo interior. Así, aparecen espacios nuevos de acción exterior, como son la diplomacia económica, la cultural, la sanitaria, la tecnológica o la relativa al cambio climático. En todas ellas España está concernida, en alguna de ellas lleva trabajando ya lustros (como la diplomacia económica) y en alguna es incluso pionera (como el cambio climático y la transición energética). Seguramente es esta última, la centrada en los temas de la energía y sus derivados, la que merezca una atención renovada y específica entre las demás políticas transversales, como hemos comprobado a finales del 2021: la fuerte dependencia de fuentes de energía exteriores (precio del gas en los mercados internacionales y conflictos entre Argelia y Marruecos, que pagamos los españoles) lleva el precio de la electricidad a niveles difícilmente soportables para muchas empresas y familias.

Pero debemos subrayar sobre todo el papel de una de ellas: el de la lengua española y la correspondiente diplomacia cultural, con una mención especial al papel jugado en este terreno por la Real Academia de la Lengua y el Instituto Cervantes.

Según los últimos datos disponibles, facilitados por el Instituto Cervantes, son cerca de 600 millones de habitantes los que en el mundo hablan español. Ello hace de nuestra lengua la segunda entre las de origen maternal, tras el chino mandarín, e igualmente la segunda por número de sus practicantes, tras el inglés. Ello concede a la proyección exterior de la presencia y de los intereses españoles una dimensión sobresaliente, que debería formar parte esencial de la propia actividad diplomática. Tanto más cuanto que la lengua que en España recibe constitucionalmente el nombre de "castellano" —para no privar del carácter nacional a las lenguas peninsulares minoritarias—, tiene en el resto del orbe como nombre pura y simplemente el de "español". Y en su progresivo alcance juega hoy un papel determinante la generalización de su conocimiento y uso en los Estados Unidos de América.

De acuerdo con los datos del censo norteamericano, la población hispana en el país alcanza actualmente la cifra de 62 millones de habitantes, que suponen un 18,7% del total (12 millones más que en 2010 y 53 millones más que en 1970). Según las correspondientes proyecciones, la población hispana en los Estados Unidos, que alcanzaría en el año 2050 la cifra de 132 millones de ciudadanos, representaría el 30% del total de la población. Y estaría a punto de convertirse en el segundo país con mayor población hispanohablante del mundo, solo por detrás de México. Y aunque no sea totalmente exacta la correspondencia entre "hispano" e "hispanohablante", el mismo censo norteamericano señala que al menos un 71% de la comunidad hispana utiliza el

español para sus comunicaciones habituales. A lo que convendría añadir la generalización del español como segundo idioma en la enseñanza y en instalaciones públicas de todo tipo.

A esa pujante y creciente realidad contribuyen naturalmente los integrantes de la comunidad hispanoamericana de naciones y la correspondiente generalización del uso del español en las organizaciones internacionales, tanto las de alcance global, como las de la ONU y su familia, como las regionales americanas o europeas: el español es también lengua oficial de la Organización sobre la Seguridad y la Cooperación en Europa y la pertenencia de España a la Unión Europea hace de nuestra lengua una de las propias de la organización, aunque su presencia real sea mínima.

En todos esos ámbitos, de naturalidad bilateral en el ámbito hispanoamericano o de regulación corporativa en el caso de las instituciones internacionales, la política exterior española debe estar atenta a la preservación y fomento del uso de la lengua nacional, tanto sin excesos chovinistas como sin timideces bien intencionadas. Sin llegar todavía al nivel de *lingua franca* que el inglés actualmente acapara, el amplio conocimiento que el español va adquiriendo entre ciudadanos que no lo tienen como lengua materna revela su poder comunicativo y debe servir de base y argumento para tratarlo como una de las más significativas capacidades para la proyección exterior de España. Tanto en el terreno cultural y literario como en el político, económico y social.

La labor desarrollada y por desarrollar en el terreno cultural por el Instituto Cervantes o por la Real Academia de la Lengua y sus corresponsalías son centrales. Como lo son las proyecciones comerciales públicas y privadas, a todas las cuales debe prestar especial atención el servicio diplomático español como parte significativa de sus obligaciones profesionales.

Complemento indispensable y correlativo a esa actividad de la diplomacia cultural española debe ser la conducida en el terreno doméstico para asegurar el correcto aprendizaje y conocimiento del castellano en toda España, evitando con ello efectos regresivos de procesos de "inmersión" en lenguas minoritarias, al tiempo que, paralelamente, la administración española, a través de sus correspondientes instrumentos diplomáticos y financieros, impida la desviación de fondos del contribuyente para promover objetivos anticonstitucionales en el exterior con alcances buscadamente políticos, culturales o lingüísticos.

5) *Más recursos para la acción exterior*

Finalmente debemos destacar que la escasa prioridad que la política española otorga a la acción exterior se manifiesta en los presupuestos y en la escasez de recursos que a ella se dedica. Son las tres "D" de la política exterior: Defensa, Diplomacia y ayuda al Desarrollo. Y es de destacar que numerosos sondeos acreditan que, preguntados los españoles por las partidas presupuestarias que

deberían reducirse, apuntan siempre a dos de estas tres "D": Defensa y Diplomacia. Una actitud concordante con la poca relevancia que políticos y medios de comunicación prestan a la política exterior.

Pues bien, a pesar de estas preferencias, la aportación a la Ayuda al Desarrollo ha descendido en picado del 0,43% de la renta nacional bruta en el 2010 al 0,21% en el 2019, justo cuando las circunstancias exigen un mayor esfuerzo. Y no ayuda que la repetidamente citada *Estrategia de Acción Exterior* identifique la *cooperación feminista… en el centro de las transformaciones* de la ayuda al desarrollo.

No mejor es la situación de la D de defensa. Es bien conocida la recomendación que transmite la OTAN a sus miembros para que dediquen al menos el 2% del correspondiente PIB a los gastos de defensa. España, que no llega al 1% del cálculo, se sitúa en el penúltimo lugar, antes de Luxemburgo, en el conjunto del cumplimiento que los aliados hacen al respecto. La administración americana, primero la de Obama y más tarde Trump, convirtió el tema del incumplimiento de los porcentajes del PIB en una sonora crítica a los miembros de la organización defensiva: la primera contribución que los socios deben prestar a los intereses compartidos es precisamente la de ser capaces de asegurar sus propias necesidades de seguridad. Pero España, país de frontera situado frente a vecinos incómodos y reivindicativos, necesita la articulación de una capacidad disuasoria que prevenga o eventualmente impida cualquier aventura contraria a nuestros intereses y a nuestra estabilidad. Recientes acontecimientos lo requieren.

Finalmente, una reflexión similar es necesaria por lo que respecta a la tercera "D", la de Diplomacia, que cuenta con un magro presupuesto (el del MAEC supone el 0'55% de los Presupuestos Generales del Estado).

En *Estrategia de Acción Exterior 2021-2024* se nos informa que el Ministerio de Asuntos Exteriores gestiona 118 Embajadas bilaterales, 10 Representaciones Permanentes ante organizaciones internacionales, 89 Consulados Generales y dos Consulados. A los que habría que añadir el personal de la AECID (que gestiona 31 Oficinas Técnicas de Cooperación, 14 Centros Culturales y 4 Centros de Formación) y del Instituto Cervantes (75 centros y aulas), así como de otros organismos y entidades vinculados a su actividad.

En términos comparados España figura en el puesto noveno del mundo en el *ranking* de diplomacias globales que elaborada el Lowy Institute para todos los países del mundo (datos del año 2019). A comparar estas 215 representaciones (embajadas y consulados) españolas con las más de 250 de China, EE. UU. o incluso Francia. No son pocas, desde luego, pero son menos, por ejemplo, que Turquía o que Brasil. Y si hay 115 embajadas españolas fuera, hay más (124) embajadas extranjeras en Madrid, cuando debería ser al contrario, lo que nos coloca en el puesto 18º, por debajo de países como los Emiratos, Turquía, África

del Sur o Egipto (sede de la Liga Árabe), países que reciben más embajadas que nosotros.

Si nos vamos a los efectivos, en *Estrategia de Acción Exterior 2021-2024* se informa que en la actualidad la carrera diplomática está compuesta por 940 efectivos, de los que solo la mitad sirve en puestos en el exterior. La misma Estrategia reconoce que en comparación con otros países de su entorno, España se encuentra ligeramente en la retaguardia en cuestión de recursos humanos, pues, a pesar de estar en el noveno puesto en materia de personal diplomático, España (con 940 diplomáticos) está muy por detrás en relación con sus vecinos europeos como Francia (2.134), Alemania (1.703), Reino Unido (1.503) e incluso Italia (977).

Las prioridades políticas se muestran siempre en los presupuestos, y si España quiere reforzar su política (y su acción) exterior, y debe hacerlo pues no hay alternativa seria, tiene que estar dispuesta a financiarlo.

6. Coda final: Afganistán, AUKUS y *los treinta* de Joe Biden

Las reflexiones expuestas hasta aquí sobre la política exterior de España quedarían cortas en sus pretensiones si no acabaran reflejando las consecuencias de tres situaciones registradas en los últimos meses y cuyas características y alcances permiten perfilar con cierta claridad algunos de los datos del novedoso mapa geoestratégico al que debemos hacer frente en los tiempos que corren.

La retirada de Afganistán, en primer lugar, cuya posibilidad ya venía siendo anunciada por parte de las administraciones norteamericanas desde los tiempos del presidente Obama, muestra un evidente deseo de repliegue y una notable incapacidad organizativa y logística para ponerlo en práctica. En el caso de España, y del resto de los países miembros de la OTAN que durante años habían participado en el conflicto y colaborado en la reconstrucción política y humanitaria del país, complicado por la falta de comunicación con que el proceso fue decidido y (mal) organizado. Con independencia de otros elementos del doloroso asunto, cuyas dramáticas imágenes ocuparon durante semanas los canales de información de todo el mundo, el desapego que autoridades políticas y mandos militares de los EE. UU. mostraron hacia los aliados de la OTAN —presente en Afganistán siguiendo los deseos americanos y rebasando con amplitud los límites geográficos originarios del Tratado de Washington— debe constituir motivo de consideración para cualquier esquema que imagine la posible arquitectura del acuerdo político-militar en las actuales circunstancias.

Algo similar cabría predicar del acuerdo conocido por AUKUS —siglas que esconden la participación de Australia, el Reino Unido y los Estados Unidos— establecido con la finalidad de dotar a los australianos de una flota

de submarinos nucleares cuya tecnología sería proporcionada por Washington. El acuerdo supone la cancelación de otro acuerdo previo entre Australia y Francia para la construcción en el país austral de una flota de submarinos convencionales. El acuerdo fue anunciado de manera sorpresiva y sin que ningún aliado de la OTAN, aparte del Reino Unido, tuviera de él la menor noticia, provocando en el caso de Francia una reacción lógicamente airada. Y si la retirada de Afganistán es un menosprecio a la OTAN, el acuerdo del AUKUS lo es a la UE representada por Francia.

Era evidente el propósito norteamericano de buscar en el rearme australiano una adicional barrera de contención frente a los propósitos expansionistas de China. Y bien conocidos y antiguos son los lazos de cooperación en el terreno de la inteligencia y de la seguridad en el seno de los llamados *five eyes*, la informal alianza anglófona que incluye, además de los Estados Unidos, el Reino Unido y Australia, a Canadá y Nueva Zelanda. Como evidente resultaba el intento de establecer una nueva geometría de participación. La falta de una política comunicativa coherente, como había ocurrido en el caso de Afganistán, no hizo más que aumentar las alarmas y herir las susceptibilidades de aquellos que por lazos jurídicos y políticos participan con los Estados Unidos en la Alianza Atlántica.

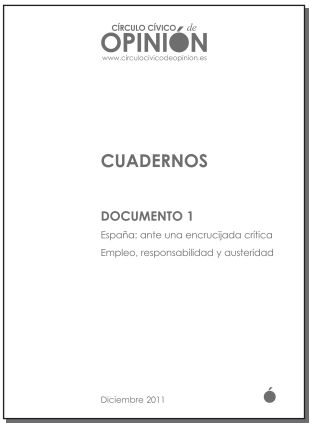
Cabe situar en la misma onda de voluntad reorganizativa la convocatoria realizada por la Casa Blanca para suscitar una respuesta organizada y común frente a los peligros de los ataques cibernéticos. A las conversaciones fueron convocados treinta países, respondiendo a un esquema que refleja con cierta claridad la selección de nuevos socios más que la consideración debida a los ya existentes. Allí aparecen de nuevo los *five eyes*, los países limítrofes con Rusia y China próximos a los planteamientos americanos, una selección de países latinoamericanos y africanos con la misma óptica, además de notables casos individuales como Suecia, Suiza, Irlanda, los Emiratos Árabes y, por supuesto, Israel. Es Italia la aparentemente encargada de representar al sur de Europa. España no figura entre los convocados.

Datos todos ellos, apresuradamente recogidos en esta coda a nuestra exposición sobre la política exterior española, que bien reflejan y confirman nuestras convicciones y análisis. La continuada y firme apuesta por nuestras opciones multilaterales en la UE y en la OTAN deben ser completadas por un esquema paralelo de sólidas relaciones bilaterales que hagan frente a nuestras necesidades y a las del mundo en libertad y progreso por el que venimos apostando. Es en ese contexto donde debemos contar con la evidencia del momento: antes Trump, ahora Biden y en la relativa lejanía Obama, tenían y tienen en la cabeza dos palabras, *America First*, que corre el riesgo de acabar siendo *America Only*. Debemos tenerlo en cuenta.

PUBLICACIONES

Colección CUADERNOS
DOCUMENTOS E INFORMES

CUADERNOS 1
España: ante una encrucijada crítica.
Empleo, responsabilidad y austeridad
Círculo Cívico de Opinión. Noviembre de 2011



CUADERNOS 2
Propuestas para fomentar el empleo juvenil
Círculo Cívico de Opinión. Febrero de 2012
INFORMES
Para un diagnóstico sobre la formación y el empleo de los jóvenes.
L. Garrido Medina, UNED
El empleo juvenil en España: un problema estructural.
F. Felgueroso, Universidad de Oviedo.

CUADERNOS 3
Plan y liderazgo. Lo urgente y lo importante en la politica
frente a la crisis
Círculo Cívico de Opinión. Marzo de 2012
INFORMES
Lo urgente y lo importante en la política económica hoy.
J.M. Serrano Sanz, Universidad de Zaragoza
Políticas para una recesión de balance.
M. Martín Rodríguez, Universidad de Granada
Economía española. Diagnóstico, situación y propuestas.
A. Torrero, Universidad de Alcalá
La política económica frente a los problemas urgentes e importantes
de la economía española actual.
A. Costas, Círculo de Economía

CUADERNOS 4
La refundición de los reguladores
Círculo Cívico de Opinión. Mayo de 2012
INFORMES
Sobre la estabilidad de la regulación. Fórmulas de equilibrio y frentes de riesgo.
J. Esteve Pardo, Universidad de Barcelona
Estabilidad regulatoria.
F.J. Villar, Universidad de Barcelona
Mínimos reguladores, mínima regulación, mínima restricción y mínima distorsión
a los mercados.
A. Betancor, Universidad Pompeu Fabra
La estabilidad de la regulación económica.
J. de la Cruz Ferrer, Universidad Complutense

CUADERNOS 5
Por una política presupuestaria más ambiciosa
Círculo Cívico de Opinión. Junio de 2012

CUADERNOS 6
Una democracia de calidad: valores cívicos frente a la crisis
Círculo Cívico de Opinión. Septiembre de 2012
INFORMES
La moral de la democracia.
V. Camps, Universidad Autónoma de Barcelona
Elogio de la obligación. No hay democracia posible sin cultura de la obligación.
A. Cortina, Universidad de Valencia
Raíces privadas de la ética pública.
J. Goma Lanzón, Fundación Juan March
Remedios para lo irremediable.
F. Savater, escritor

CUADERNOS 7
Desafección política y sociedad civil
Círculo Cívico de Opinión. Noviembre de 2012
INFORMES
Partidos políticos y sociedad civil:
análisis de un divorcio, propuestas de reconciliación.
J. Rupérez, Embajador de España
La presunta desafección democrática.
J. M. Ruiz Soroa, abogado
Wikicracia y antipolítica.
I. Camacho, periodista y escritor
Fallo de país.
A. Ortega, escritor y periodista
Preocupémonos de los procesos, no de los resultados.
J. I. Torreblanca, UNED

CUADERNOS 8
La investigación: una prioridad a prueba
Círculo Cívico de Opinión. Diciembre de 2012
INFORMES
Investigación, desarrollo e innovación en una España en crisis:
un breve informe de situación y algunas propuestas.
F. Cossío, UPV, Ikerbasque
La ciencia española entre dos leyes.
J. López Facal, CSIC

CUADERNOS 9
Medidas para la reactivación del sector inmobiliario
y la construcción
Círculo Cívico de Opinión. Mayo de 2013
INFORMES
La ciudad compacta, un recurso frente a la crisis.
L. Fernández-Galiano, Universidad Politécnica de Madrid
Territorio y ciudad, después de la crisis.
M. Martín Rodríguez, Universidad de Granada
El caso de Madrid: 1997-2012. Del urbanismo explosivo al inane.
Sacar lecciones de la crisis.
J.Gómez Mendoza, Universidad Autónoma de Madrid

CUADERNOS 10
Riesgos de pobreza, ingresos mínimos y servicios sociales
Círculo Cívico de Opinión. Noviembre/Dicembre de 2013
INFORMES
La garantía de unos ingresos mínimos para todos:
una reforma necesaria para mantener la cohesión social
y preservar el capital humano.
M. Laparra, Universidad Pública de Navarra
Problemas y dificultades de los servicios sociales públicos
y propuestas.
D. Casado, Seminario de Intervención y Políticas Sociales

CUADERNOS 11
El mercado hipotecario de viviendas en España:
una reconsideración
Círculo Cívico de Opinión. Noviembre de 2013
INFORMES
Informe sobre los desahucios.
M. Atienza, Universidad de Alicante
La crisis de la hipoteca.
M. Hernández-Gil Mancha, Registrador de la Propiedad
Hipoteca y sobreendeudamiento.
Breve nota sobre las recientes iniciativas legislativas.
E. Calmarza Cuencas, Registrador de la Propiedad y Mercantil

CUADERNOS 12
Por una reforma tributaria en profundidad
Círculo Cívico de Opinión. Febrero de 2014
INFORMES
Reforma tributaria.
E. Albi, Universidad Complutense de Madrid
Tres reflexiones sobre la reforma fiscal: fraude, desigualdad y descentralización.
J. López Laborda, Universidad de Zaragoza
Una evaluación del sistema fiscal español y las reformas necesarias.
I. Zubiri, Universidad de Zaragoza

CUADERNOS 13
La Formación Profesional ante el desempleo
Círculo Cívico de Opinión. Octubre de 2014
INFORMES
Situación actual de la Formación Profesional en España.
Apuntes para un breve diagnóstico y propuesta de una agenda prioritaria.
F. A. Blas, Universidad Complutense de Madrid
Apuntes sobre la Formación Profesional en España.
J. Carabaña, Universidad Complutense de Madrid
Se es de donde se hace el Bachillerato… o no se es:
sobre la minusvalorización de la Formación Profesional y sus consecuencias.
M. Fernández Enguita, Universidad Complutense de Madrid
La Formación Profesional en España desde la perspectiva del empleo.
F. J. Mato Díaz, Universidad de Oviedo

CUADERNOS 14
Empresas, función empresarial y legitimidad social de los empresarios
Círculo Cívico de Opinión. Noviembre de 2014
INFORMES
La legitimidad de empresas y empresarios en España: una perspectiva comparada.
E. Huerta Arribas, Universidad Pública de Navarra
V. Salas Fumás, Universidad de Zaragoza
Valoración del empresario y problemas y retos de las empresas en España.
J.R. Cuadrado Roura y A. García Tabuenca, Universidad de Alcalá
La función innovadora del empresario.
F. Becker Zuazua, Universidad Rey Juan Carlos
El empresario: función social y legitimación
A. Cuervo, CUNEF
El empresario en la sociedad actual. Clave del desarrollo societario y económico.
S. García Echevarría, Universidad de Alcalá

CUADERNOS 15
La reforma constitucional y Cataluña
Círculo Cívico de Opinión. Marzo de 2015
INFORME
La reforma constitucional y Cataluña
S. Muñoz Machado, Universidad Complutense

CUADERNOS 16
Recuperar para el empleo a los trabajadores menos cualificados
Círculo Cívico de Opinión. Abril de 2016
INFORME
Recuperar para el empleo a los trabajadores menos cualificados.
L. Garrido, UNED, R. Gutiérrez, Universidad de Oviedo

CUADERNOS 17
La transición energética y la Cumbre del Clima de París
Círculo Cívico de Opinión. Mayo de 2016
INFORME
La transición energética y la Cumbre del Clima de París
C. López, Universidad Autónoma de Madrid

CUADERNOS 18
El Brexit y los intereses económicos españoles
Círculo Cívico de Opinión. Junio de 2016
INFORME
Referéndum sobre la permanencia del Reino Unido
A. Mangas, Universidad Complutense de Madrid

CUADERNOS 19
Populismo: qué, por qué, para qué
Círculo Cívico de Opinión. Abril de 2017
INFORMES
¿Por qué el populismo?
F. Vallespín, Universidad Autónoma de Madrid
Radiografía del populismo
M. Martínez-Bascuñán, Universidad Autónoma de Madrid

CUADERNOS 20
Pobreza, crisis humanitarias y cooperación para el desarrollo
Círculo Cívico de Opinión. Septiembre de 2017
INFORMES
La cooperación para el desarrollo en un mundo desigual
J. A. Alonso, Universidad Complutense de Madrid
Conflictos humanitarios y crisis violentas: de la respuesta a la prevención
J. A. Núñez y F. Rey, Instituto de Estudios sobre Conflictos y Acción Humanitaria (IECAH)

CUADERNOS 21
Economía y populismos
Círculo Cívico de Opinión. Octubre de 2017
INFORMES
Crisis económica y populismos
J. M. Serrano, Universidad de Zaragoza
Desigualdad y populismos
E. Bandrés, Universidad de Zaragoza y Funcas
Globalización, Gran Recesión y populismo
G. de la Dehesa, CEPR de Londes

CUADERNOS 22
Sobre el discurso del odio
Círculo Cívico de Opinión. Noviembre de 2018
INFORMES
Desactivar el discurso del odio y potenciar la libertad de expresión:
un juego de suma positiva
A. Cortina, Universidad de Valencia
El discurso del odio: entre la trivialización y la hiperpenalización
M. Revenga, Universidad de Cádiz

CUADERNOS 23
Sobre la presidencia de Trump y las elecciones de noviembre
Círculo Cívico de Opinión. Diciembre de 2018
INFORMES
Sobre Trump y sus consecuencias
J. Rupérez
Las claves para entender las midterm elections de 2018
C. García, Real Instituto Elcano

CUADERNOS 24
Ante el envejecimiento demográfico
Círculo Cívico de Opinión. Febrero de 2019
INFORME
El envejecimiento de la población: datos y debates
E. Chuliá

CUADERNOS 25
El bienestar complementario: la contribución de las empresas a la protección social
Círculo Cívico de Opinión. Abril de 2019
INFORME
Protección social y bienestar ocupacional
A.M. Guillén
R. Gutiérrez

CUADERNOS 26
Europa, 2019
Círculo Cívico de Opinión. Mayo de 2019
INFORMES
El cambiante contexto exterior de la Unión Europea
E. Lamo de Espinosa
Europa y sus enemigos
F. Vallespín
Escenarios y proyectos europeos ante las elecciones de 2019
J.M. de Areilza
Una Unión Europea renovada con proyección global
A. Mangas

CUADERNOS 27
El problema del control político de las televisiones públicas. Propuestas de reforma
Círculo Cívico de Opinión. Abril de 2020
INFORME
Hacia un modelo de regulación para garantizar la independencia de las televisiones públicas en España
A. Boix, S. de la Sierra, E. Guichot, J.L. Manfredi

CUADERNOS 28
Fiscalidad internacional: competencia entre países y paraísos fiscales.
¿Un problema irresoluble?
Círculo Cívico de Opinión. Noviembre de 2020
INFORMES
Globalización, digitalización y tributación de las multinacionales
J. López Laborda, J. Onrubia
Retos para el Impuesto sobre Sociedades español en el nuevo contexto internacional
E. Sanz Gadea
"(…) y los ricos vamos ganando". La creciente competencia fiscal por la atracción de los millonarios
F. Rodrigo Sauco
Los paraísos fiscales. Diagnóstico y soluciones
J.M. Peláez Martos

CUADERNOS 29
Ante la nueva reforma de las pensiones
Círculo Cívico de Opinión. Marzo de 2021
INFORME
Nuevo Pacto de Toledo y… ¿vieja política de pensiones?
E. Chuliá

CUADERNOS 30
Las delegaciones catalanas en el exterior
Círculo Cívico de Opinión. Mayo de 2021
INFORME
Las delegaciones catalanas en el exterior
A. Mangas

CUADERNOS 31
Sobre la política exterior de España
Círculo Cívico de Opinión. Noviembre de 2021
INFORME
Sobre la política exterior de España
E. Lamo de Espinosa
J. Rupérez

Colección POSICIONES

1. **POR UN PACTO DE ESTADO**
   Octubre de 2012

2. **ECONOMÍA ESPAÑOLA: TAREAS PENDIENTES**
   Noviembre de 2012

3. **CORRUPCIÓN POLÍTICA**
   Febrero de 2013

4. **ECONOMÍA ESPAÑOLA: CORREGIR EL AJUSTE PARA INICIAR EL CRECIMIENTO**
   Mayo de 2013

5. **OCHO MIL MILLONES DE EUROS DE AHORRO:**
   LA COMPLEJA REFORMA DE LA ADMINISTRACIÓN LOCAL
   Mayo de 2013

6. **SUPERAR LA DESAFECCIÓN, RECUPERAR EL APOYO CIUDADANO**
   Julio de 2013

7. **POR UN COMPROMISO NACIONAL DE REGENERACIÓN DEMOCRÁTICA**
   Octubre de 2013

8. **CATALUÑA: A FAVOR DE LA CONCORDIA**
   Enero de 2014

9. **ECONOMÍA ESPAÑOLA: LAS EXIGENCIAS DE UN CRECIMIENTO VIGOROSO**
   Febrero de 2014

10. **ANTE LAS ELECCIONES EUROPEAS**
    Abril de 2014

11. **ESPAÑA, LA APUESTA POR LA RENOVACIÓN**
    Octubre de 2014

12. **ECONOMÍA ESPAÑOLA: EL REALISMO OBLIGADO. LA HORA DE LA POLÍTICA**
    Enero de 2015

13. **POR UNA CULTURA DE PACTO Y COOPERACIÓN POLÍTICA**
    Mayo de 2015

14. **ESPAÑA ANTE EL 27-S**
    Septiembre de 2015

15. **NUEVA LEGISLATURA, NUEVO CICLO POLÍTICO: POR LA REFORMA Y EL PACTO**
    Noviembre de 2015

16. **EL VALOR ECONÓMICO DE LA UNIDAD: CATALUÑA EN ESPAÑA**
    Diciembre de 2015

17. **A FAVOR DE LA POLÍTICA: UN BUEN GOBIERNO ¡YA!**
    Febrero de 2016

18. **EUROPA ANTE LA CRISIS DE ASILO Y REFUGIO: UN LLAMAMIENTO A LA RESPONSABILIDAD SOLIDARIA**
    Marzo de 2016

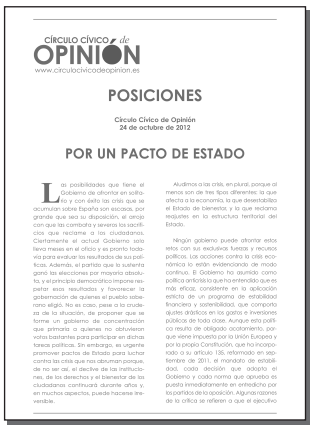
19. **HACIA LOS ESTADOS UNIDOS DE EUROPA**
    Mayo de 2016

20. **ANTE EL 26J**
    Junio de 2016

21. **ELECCIONES PRESIDENCIALES USA, 2016: ENTRE EL VÉRTIGO Y LA RESIGNACIÓN**
    Septiembre de 2016

22. **RECUPERAR LA CONFIANZA: POLÍTICA DE RESPONSABILIDAD SOCIAL DE LAS ENTIDADES BANCARIAS**
    Febrero de 2017

23. **PACTO POR LA EDUCACIÓN PARA ESPAÑA**
    Marzo de 2017


CÍRCULO CÍVICO de OPINIÓN
www.circulocivicodeopinion.es

POSICIONES

Círculo Cívico de Opinión
24 de octubre de 2012

POR UN PACTO DE ESTADO

Las posibilidades que tiene el Gobierno de afrontar en solitario y con éxito las crisis que se acumulan sobre España son escasas, por grande que sea su disposición, el arrojo con que las combata y severos los sacrificios que reclame a los ciudadanos. Ciertamente el actual Gobierno solo lleva meses en el cargo y es pronto todavía para evaluar los resultados de sus políticas. Además, el partido que lo sustenta ganó las elecciones por mayoría absoluta, y el principio democrático impone respetar esas resultadas y favorecer la gobernación de quienes el pueblo soberano eligió. No es caso, pese a la crudeza de la situación, de proponer que se forme un gobierno de concentración que primaría a quienes no obtuvieron votos bastantes para participar en dichas tareas políticas. Sin embargo, es urgente promover pactos de Estado para luchar contra las crisis que nos abruman porque, de no ser así, el deciive de las Instituciones, de los derechos y el bienestar de los ciudadanos continuará durante años y, en muchos aspectos, puede hacerse irreversible.

Aludimos a las crisis, en plural, porque al menos son de tres tipos diferentes: la que afecta a la economía, la que desestabiliza el Estado de bienestar, y la que reclama reajustes en la estructura territorial del Estado.

Ningún gobierno puede afrontar estos retos con sus exclusivas fuerzas y recursos políticos. Las acciones contra la crisis económica lo están evidenciando de modo continuo. El Gobierno ha asumido como política anticíclica lo que hoy entendido que es más eficaz, consistente en la aplicación estricta de un programa de estabilidad financiera y sostenibilidad, que comporta ajustes drásticos en los gastos e inversiones públicas de todo clase. Aunque esta política resulta de obligado acatamiento, porque viene impuesta por la Unión Europea y por la propia Constitución, que ha incorporado a su artículo 135, reformado en septiembre de 2011, el mandato de estabilidad... cada decisión que adopta el Gobierno y cada norma que aprueba es puesta inmediatamente en entredicho por los partidos de la oposición. Algunas razones de la crítica se refieren a que el ejecutivo

24. **ESPAÑA Y LAS OTRAS MONARQUÍAS PARLAMENTARIAS DEL SIGLO XXI**
Noviembre de 2017

25. **PREPARARSE PARA EL PRESENTE: DIGITALIZACIÓN Y EMPLEO**
Febrero de 2018

26. **¿FINAL DE CICLO EN LA ECONOMÍA ESPAÑOLA? EL PAPEL DE LA POLÍTICA ECONÓMICA, HOY**
Noviembre de 2018

27. **POR UN GOBIERNO COHERENTE Y ESTABLE: NEGOCIAR Y PACTAR, PACTAR Y NEGOCIAR**
Junio de 2019

28. **ESPAÑA: RETOS ECONÓMICOS DE LA NUEVA LEGISLATURA**
Julio de 2019

29. **LA INVESTIGACIÓN EN ESPAÑA: EMERGENCIA INAPLAZABLE**
Octubre de 2019

30. **SALIR DEL BLOQUEO DESPUÉS DEL 10 N. LA GRAN RESPONSABILIDAD DE LOS POLÍTICOS**
Diciembre de 2019

31. **COVID-19, ESPAÑA-20**
Abril de 2020

32. **COVID-19: EL RETO CIENTÍFICO**
Mayo de 2020

33. **PODERES DE NECESIDAD Y CONSTITUCIÓN**
Mayo de 2020

34. **COVID-19: LA POLÍTICA ECONÓMICA. CONFIANZA PARA SOSTENER, RECUPERAR Y TRANSFORMAR**
Junio de 2020

35. **COVID-19: LECCIONES DE LA HISTORIA**
Junio de 2020

36. **COVID-19: CIUDAD Y URBANISMO**
Julio de 2020

37. **SI NO ES AHORA, ¿CUÁNDO? COVID-19. UNA RESPONSABILIDAD POLÍTICA INELUDIBLE**
Julio de 2020

38. **MÁS NIÑOS Y MÁS FAMILIAS**
Septiembre de 2020

39. **ALERTA CÍVICA: RECTIFICAR EL RUMBO DE LA DEMOCRACIA ESPAÑOLA**
Octubre de 2020

40. **ESPAÑA EN ESTADO DE ALARMA: PROBLEMAS Y PROPUESTAS**
Febrero de 2021

41. **ENTRE LAS VACUNAS Y LOS FONDOS EUROPEOS. EL TIEMPO APREMIA**
Abril de 2021

42. **LOS JÓVENES Y LA BRECHA GENERACIONAL: EL PROBLEMA ES EL EMPLEO**
Octubre de 2021

SOCIOS

Miguel Aguiló
Ingeniero de Caminos

Yolanda Barcina
Catedrática de Nutrición y Bromatología

Fernando Becker
Catedrático de Economía Aplicada

Victoria Camps
Catedrática de Filosofía Moral y Política

Luis Caramés
Catedrático de Economía Aplicada

Francesc de Carreras
Catedrático de Derecho Constitucional

Elisa Chuliá
Profesora de Sociología

Adela Cortina
Catedrática de Ética y Filosofía Política

Antonio Cortina
Director Adjunto del Servicio de Estudios
Banco Santander

Álvaro Delgado-Gal
Escritor

Luis Fernández-Galiano
Arquitecto

Juan Francisco Fuentes
Catedrático de Historia Contemporánea

José Luis García Delgado
Catedrático de Economía Aplicada

José Gasset Loring
Economista

Josefina Gómez Mendoza
Catedrática de Geografía

Carmen Gónzalez Enríquez
Catedrática de Ciencia Política

Fernando González Urbaneja
Periodista

José Luis González-Besada Valdés
Director de Comunicación y Relaciones
Institucionales de El Corte Inglés, S.A.

Rodolfo Gutiérrez
Catedrático de Sociología

Julio Iglesias de Ussel
Catedrático de Sociología
Fundación Juan-Miguel Villar Mir

Juan Carlos Jiménez
Profesor de Economía Aplicada

Emilio Lamo de Espinosa
Catedrático de Sociología

Antonio Llardén
Presidente de Enagás

Cayetano López
Catedrático de Física Teórica

Sergi Loughney
Director de Relaciones Institucionales
Grupo Fundación "La Caixa"

Óscar Loureda
Catedrático de Traducción, Lengua Española
y Lingüística General

Alfonso Maldonado
Catedrático de Ingeniería Geológica

Francisco Mangado
Arquitecto

Araceli Mangas Martín
Catedrática de Derecho Internacional Público
y Relaciones Internacionales

Manuel Martín Rodríguez
Catedrático de Economía Política

Antonio Merino
Director de Estudios y Análisis del Entorno
Repsol YPF

Jaime Montalvo Correa
Vicepresidente Mutua Madrileña

Juan Mulet Meliá
Ingeniero de Telecomunicación

Santiago Muñoz Machado
Catedrático de Derecho Administrativo

Luis Oro
Catedrático de Química Inorgánica

Félix Ovejero
Profesor de Filosofía y Metodología
de las Ciencias Sociales

Benigno Pendás
Catedrático de Ciencia Política

José Manuel Rodríguez
Responsable de Relaciones Institucionales
Gabinete de Presidencia, Iberdrola

José María Ruiz Soroa
Abogado

Javier Rupérez
Embajador de España

Eva Sáenz
Profesora de Derecho Constitucional

José Manuel Sánchez Ron
Catedrático de Historia de la Ciencia

José María Serrano Sanz
Catedrático de Economía Aplicada

Alberto J. Schuhmacher
Investigador en Oncología Molecular

Ángel Simón Grimaldos
Presidente Ejecutivo de Agbar

José Juan Toharia
Catedrático de Sociología

José Ignacio Torreblanca
Profesor de Ciencia Política

Fernando Vallespín
Catedrático de Ciencia Política

José Antonio Zarzalejos
Periodista

RAZÓN DE SER

Consolidada la democracia en el marco de un intenso proceso de modernización durante las últimas décadas, España ha de afrontar, en la Europa del siglo XXI, nuevos retos, con dificultades para encontrar un nuevo proyecto nacional aglutinador —como lo fue el de la transición—, por encima de los intereses partidistas de las prácticas que arraigan en otros particularismos.

No es sorprendente que, en este contexto, y pocos años después de haber dado por definitivamente resueltos los problemas que atenazaron a regeneracionistas o noventayochistas, broten aquí y allá proyectos de "regeneración" y que incluso se hable de la necesidad de una "segunda transición": para unos el modo de superar la primera, para otros el modo de hacerla finalmente efectiva. Ese ímpetu regenerador pone de manifiesto, en todo caso, que España no ha perdido el pulso y que la sociedad civil se inquieta ante el presente, buscando alternativas que nos devuelvan a una senda que se corresponda con un más activo papel internacional y sirvan para generar un nuevo proyecto nacional.

El Círculo Cívico de Opinión responde a ese clima ciudadano. Constituido en 2011 como foro de la sociedad civil, abierto, plural e independiente, alejado de los partidos pero no neutro (y menos neutral), su objetivo es ofrecer un vehículo para que grupos de expertos puedan identificar, analizar y discutir los principales problemas y dilemas de la sociedad española, pero con la finalidad de que esos debates, conclusiones y sugerencias puedan trasladarse a la opinión pública.

Para conseguirlo, el Círculo generará propuestas y sugerencias concretas, que serán sometidas al escrutinio de la opinión pública a través de los medios de comunicación, para que su voz pueda ser escuchada y se proyecte hacia afuera. El Círculo parte del convencimiento de que no es bueno que los partidos monopolicen el espacio de la política; esta debe estar abierta también a otros actores. Foros como el Círculo pueden contribuir a ello.

El Círculo Cívico toma la forma jurídica más simple, la de una asociación, y pretende trabajar con el mínimo posible de financiación y el mínimo posible de burocracia. Fundado por un grupo de ciudadanos preocupados por la marcha de la cosa pública, invita a todos los que puedan estar interesados a sumarse a su esfuerzo, contribuyendo tanto con apoyo económico como —lo que es más importante— con su talento y conocimiento.